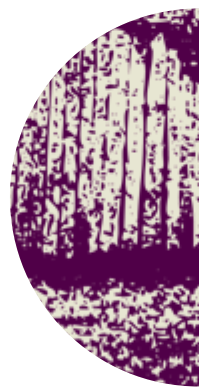




6

Transformaciones demográficas y movilidad en el mundo rural



Mensajes clave

La proporción de población rural de América Latina y el Caribe (ALC) ha disminuido de manera sostenida desde 1950, y las proyecciones indican que esta tendencia se mantendrá durante las próximas tres décadas.



Las tasas de fecundidad han sido históricamente más altas en las áreas rurales que en las urbanas, aunque la brecha se ha reducido de forma significativa desde los años 2000.



El envejecimiento poblacional se manifiesta con similar intensidad en zonas rurales y urbanas. En la actualidad, las personas de 65 años o más representan alrededor del 10 % de la población, proporción que continuará aumentando.



La población indígena está claramente sobrerrepresentada en las áreas rurales de ALC y su presencia aumenta a medida que crece el grado de ruralidad del territorio.



Los hogares rurales de ALC han experimentado cambios profundos en las últimas décadas: son más pequeños en cuanto a número de miembros, tienen menos niños, mayor presencia de adultos mayores y una proporción más alta de jefatura femenina.

La emigración rural se ha desacelerado, aunque en la última década implicó la salida anual de entre el 1 % y el 2 % de la población rural. La mitad de quienes emigran se dirige a municipios urbanos, mientras que el resto se desplaza a municipios semiurbanos o rurales.



La emigración es más intensa entre los jóvenes de 14 a 29 años, lo que contribuye al proceso de envejecimiento demográfico en los territorios rurales.



La inmigración hacia áreas rurales no compensa la emigración, pero alcanza proporciones relevantes y desempeña un papel creciente en la reconfiguración demográfica de estos territorios.



Los indicadores de salud y educación muestran avances en el capital humano rural, pero estos progresos siguen siendo insuficientes para cerrar brechas estructurales que limitan el bienestar y las oportunidades de desarrollo.

Transformaciones demográficas y movilidad en el mundo rural¹

Introducción

El desarrollo económico y el cambio estructural suelen ir acompañados de transformaciones en la distribución territorial de la población. A medida que las economías se diversifican, el empleo se desplaza desde las actividades primarias hacia los servicios y la industria, sectores que tienden a concentrarse en centros urbanos. Este proceso, que ha acompañado la transformación de América Latina y el Caribe (ALC) a lo largo del último siglo, se refleja en la disminución sostenida del peso relativo de la población rural. Sin embargo, la magnitud y el ritmo de esa reducción difieren entre países, en parte porque se encuentran en distintas etapas de desarrollo y urbanización.

Pese a esa diversidad, la evolución demográfica de la población rural sigue patrones similares en toda la región. El peso de la población rural desciende de manera gradual en todos los países, aunque a ritmos distintos. Por un lado, el crecimiento

poblacional hace que ciertas áreas que antes eran rurales dejen de serlo. Por otro lado, la transición demográfica, marcada por la caída de la fecundidad y el envejecimiento de la población, avanza también en las zonas rurales. Al mismo tiempo, los movimientos migratorios, tradicionalmente hacia fuera, han perdido intensidad y muestran un mayor equilibrio entre flujos de entrada y salida, lo que refleja una menor presión migratoria y nuevas dinámicas territoriales. Finalmente, si bien se observan mejoras en indicadores de desarrollo humano, como educación y salud, estos avances han sido insuficientes para cerrar las brechas respecto del ámbito urbano.

Este capítulo documenta estos procesos y ofrece una mirada panorámica sobre las transformaciones demográficas y sociales del mundo rural, con una perspectiva de largo plazo. Allí donde la información lo permite, se complementa el análisis con una

1 Este capítulo fue elaborado por Dolores de la Mata y Tatiana Rosá con la asistencia de investigación de Juan Barnes, Belén Cañuelo, Leandro Martínez Villa y Emilse Vargas.

aproximación al continuo rural–urbano, más allá de la tradicional dicotomía entre ambos espacios. Así, el capítulo actualiza y amplía la evidencia disponible sobre la población rural². Además, sienta las bases para comprender los cambios estructurales que configuran el presente y el futuro demográfico de las áreas rurales. Anticipar cómo evolucionarán estas dinámicas será clave para entender las presiones

que enfrentarán los sistemas productivos, los servicios, la protección social y los territorios de la región en las próximas décadas. Este es un punto de partida esencial para luego abordar las fuentes de ingreso y las oportunidades económicas de los hogares rurales (capítulo 7), así como el acceso a servicios básicos (capítulo 8).

La población rural en ALC

La población rural según las definiciones nacionales

La población rural de América Latina y el Caribe (ALC) era de aproximadamente 120 millones de personas en 2025, según datos del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Celade-División de Población de la CEPAL y DPNU, 2024) que consideran las definiciones nacionales de ruralidad.

Esto equivale a cerca del 18 % de la población total de la región. Como se mostró en el capítulo 1, la proporción de población rural viene descendiendo de manera paulatina desde 1950, y las proyecciones indican que esta tendencia continuará en las próximas tres décadas (UNDESA, 2019).

La población rural según medidas estandarizadas de ruralidad

Existe una importante heterogeneidad en la forma en que los países definen las áreas rurales (ver Roberts et al., 2017 y el capítulo 1). Esta falta de comparabilidad ha generado un creciente interés en adoptar criterios más estandarizados que permitan realizar comparaciones internacionales de poblaciones que comparten características similares de su entorno. Una alternativa promovida en años recientes es la clasificación por el grado

de urbanización (DEGURBA, por sus siglas en inglés), que aplica parámetros homogéneos para todos los países (ver el recuadro 6.1)³. De acuerdo con esta clasificación, en 2025 la población rural de la región se ubicaba en torno a 100 millones de personas (equivalente al 15 % de la población total), una cifra levemente menor que la que surge de las estadísticas oficiales.

2 En particular, las fuentes tradicionales, como las proyecciones de las divisiones de población de la CELADE y de las Naciones Unidas (Celade-División de la Población de CEPAL y DPNU, 2024), se complementan con procesamientos propios de censos (1970-2020), la base Migración Interna de América Latina y el Caribe (MIALC) y los indicadores armonizados de encuestas de hogares de CEDLAS (2025) para el seguimiento socioeconómico (2003–2023), cubriendo un total de 22 países.

3 Existen otras metodologías que permiten captar con mayor detalle el continuo rural-urbano. Una de ellas es el índice relativo de ruralidad (IRR) (Waldorf, 2006). Albina et al. (2025) aplican el IRR en Argentina y sus resultados muestran que el índice está altamente correlacionado con otros indicadores de ruralidad, como luminosidad nocturna, datos satelitales y medidas de DEGURBA. Esta consistencia valida su utilidad para el análisis territorial y sugiere un gran potencial para estudios comparativos, aunque aún no se ha aplicado de manera estandarizada en todos los países de la región.

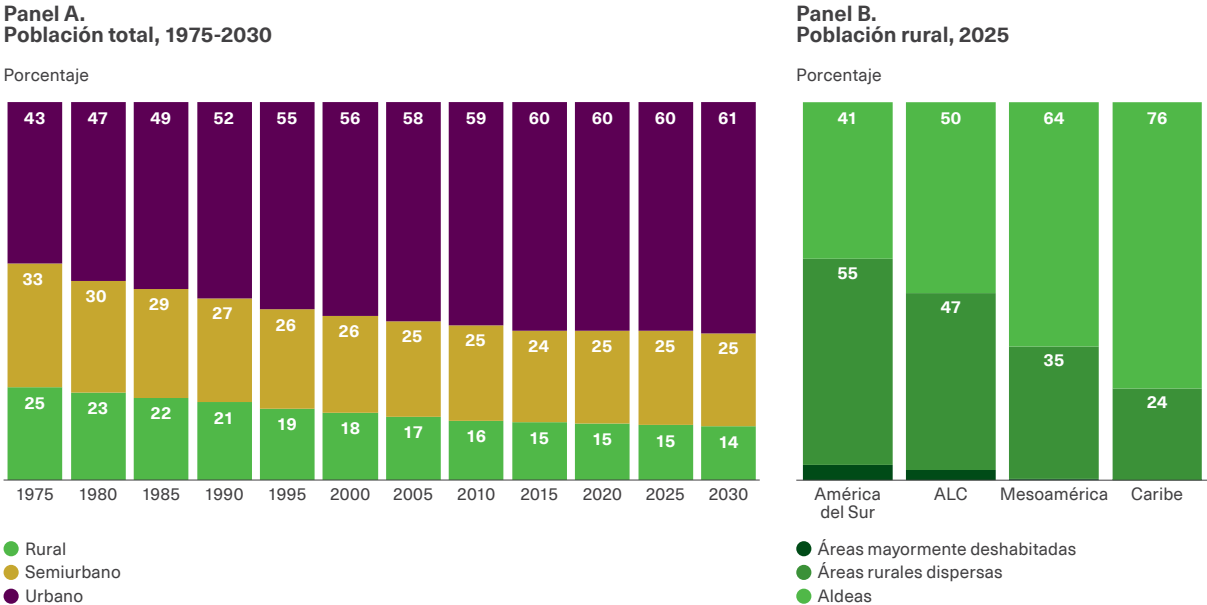
Una ventaja de DEGURBA es que permite caracterizar a la población en un espectro continuo rural-urbano, identificando áreas de urbanización intermedia, denominadas semiurbanas, donde actualmente reside cerca de un cuarto de la población de ALC, y urbanas, que concentran cerca del 60 %, como muestra el panel A del gráfico 6.1. Asimismo, DEGURBA distingue diferentes categorías dentro de la población rural, representadas en el panel B del gráfico 6.1: aproximadamente la mitad vive en aldeas rurales, mientras que la otra mitad se ubica en zonas rurales dispersas o mayormente deshabitadas. Esta composición de la población rural varía entre

subregiones: América del Sur tiene una proporción de población rural dispersa superior a Centroamérica y los países del Caribe.

● ●

La mitad de la población rural de ALC reside en aldeas rurales, mientras que la otra mitad se encuentra en áreas rurales dispersas o mayormente deshabitadas

Gráfico 6.1
Distribución de la población por grado de urbanización en América Latina y el Caribe



Nota: Las categorías utilizadas en el panel A corresponden al nivel 1 de la clasificación DEGURBA, mientras que las del panel B corresponden a las categorías rurales del nivel 2 de la misma clasificación (ver el recuadro 6.1). Los totales pueden diferir levemente de 100 % por redondeo.

Fuente: Elaboración propia con base en Schiavina et al. (2023).

Recuadro 6.1

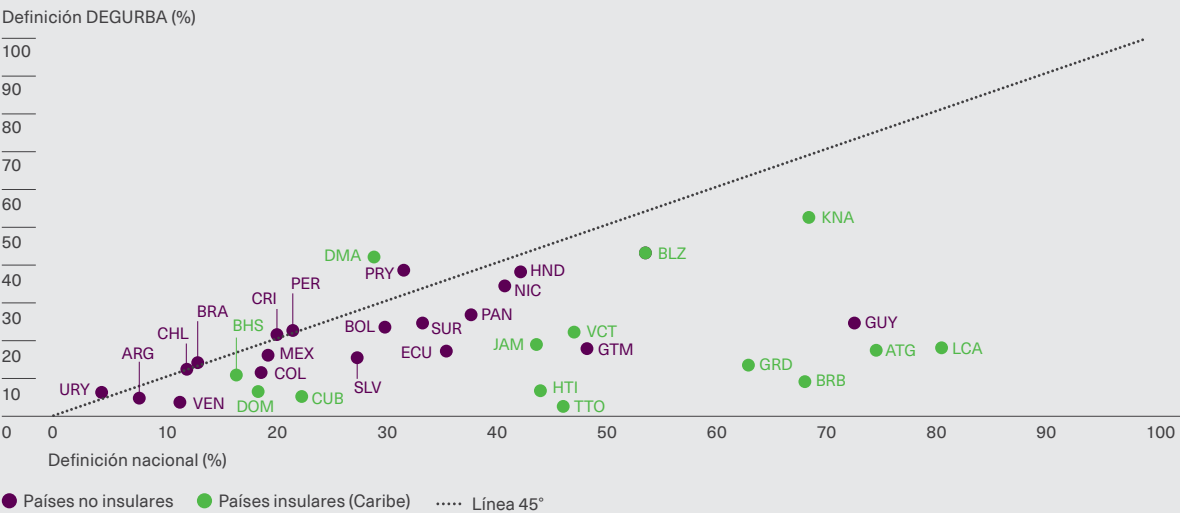
Población rural según DEGURBA

El enfoque DEGURBA (del inglés *degree of urbanisation*) es una metodología desarrollada por Eurostat y adoptada por organismos internacionales para clasificar los territorios según su grado de urbanización a partir de criterios comparables y objetivos (Comisión Europea et al., 2024). A diferencia de las definiciones tradicionales que se apoyan en límites administrativos, DEGURBA utiliza una malla uniforme de cuadrículas de 1 km² para clasificar los territorios mediante la identificación de patrones de densidad poblacional y tamaño de los asentamientos.

La clasificación se organiza en dos niveles jerárquicos. En el nivel 1, cada cuadrícula es clasificada como parte de una ciudad o zona urbana, un área semiurbana o un área rural, según criterios de densidad poblacional y conexión con núcleos de población de distinto tamaño. El nivel 2 de DEGURBA ofrece una desagregación más detallada para las categorías semiurbana y rural, mientras que la categoría ciudad se mantiene sin subdivisiones. En el caso de las áreas semiurbanas, se identifican tres subcategorías: el centro de ciudad pequeña, que corresponde al núcleo principal de localidades medianas; el suburbio denso, que agrupa zonas residenciales compactas contiguas a ese centro; y el suburbio o área periurbana, que incluye áreas de menor densidad ubicadas en la periferia. Las áreas rurales, por su parte, se dividen en aldeas, que corresponden a pequeños núcleos de población; áreas rurales dispersas, caracterizadas por baja densidad y ausencia de núcleos definidos; y zonas mayormente deshabitadas, con densidad extremadamente baja o nula.

El gráfico 1 muestra el porcentaje que representa la población rural en el total de la población según las definiciones nacionales (eje horizontal) y según el criterio DEGURBA (eje vertical). Salvo algunas excepciones (Dominica, Paraguay y Uruguay), la clasificación DEGURBA estima una población rural algo más baja que la clasificación nacional de cada país. Las diferencias son especialmente más amplias en los países insulares del Caribe. Puede haber varias razones detrás de esta discrepancia: pocos países de ALC adoptan la población o densidad poblacional como criterio único para definir la ruralidad (ver el capítulo 1). El método DEGURBA reclasifica en la categoría semiurbana o urbana algunas zonas que una definición nacional podría considerar rurales (por ejemplo, aglomeraciones densamente pobladas dentro de un municipio por lo demás rural). El método DEGURBA tiene actualizaciones cada cinco años, mientras que las definiciones nacionales se actualizan con menos frecuencia.

Gráfico 1
Porcentaje de la población rural en América Latina y el Caribe según la definición nacional y la metodología DEGURBA, 2025



Fuente: Elaboración propia con base en datos de UNDESA (2019) y Schiavina et al. (2023).

Grado de ruralidad de los territorios subnacionales

Los mapas de la figura 6.1 ilustran la magnitud de los cambios territoriales en términos de grado de ruralidad ocurridos en ALC durante los últimos cincuenta años. De un total de 12.713 municipios⁴ en 23 países de la región, aproximadamente un 65,7 % se clasificaba en 1975 como rural (aldea, área rural dispersa y área mayormente deshabitada) según la clasificación DEGURBA (ver el recuadro 6.2). En 2025, esa proporción se había reducido al 51,6 %, reflejando una transformación profunda en la estructura territorial. El recuadro 6.2 describe en detalle

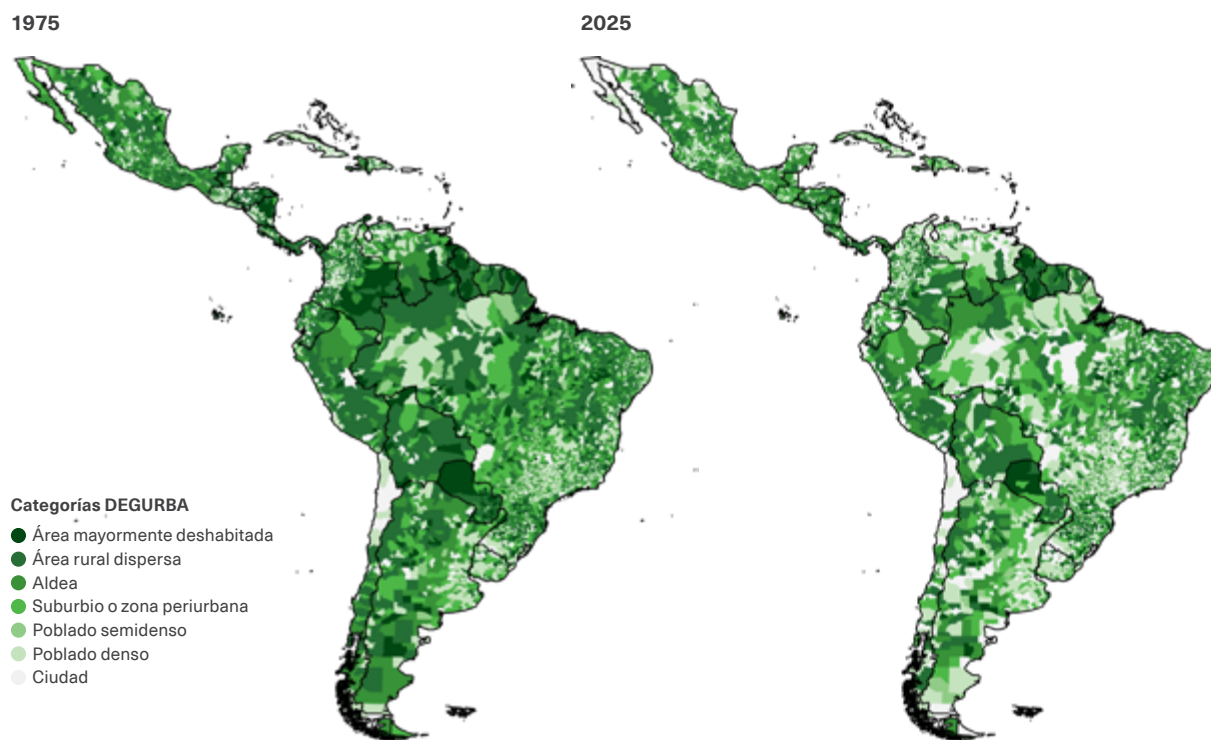
las transiciones de los municipios rurales hacia otras categorías en el periodo 1975-2025.



Aproximadamente dos de cada tres municipios de ALC se clasificaban como rurales en 1975, mientras que en 2025 la proporción era de uno de cada dos

Figura 6.1

Grado de urbanización de los municipios de América Latina y el Caribe, 1975 y 2025



Nota: Las unidades administrativas subnacionales se clasifican según su grado de urbanización utilizando el criterio DEGURBA (nivel 2). De acuerdo con esta clasificación, las unidades identificadas como aldeas, áreas rurales dispersas o áreas mayormente deshabitadas se consideran rurales. Aquellas categorizadas como suburbio o zona periurbana, poblado semidenso o poblado denso son municipios semiurbanos, mientras que las unidades identificadas como ciudades corresponden a municipios urbanos. Ver los recuadros 6.1 y 6.2 para una descripción detallada de la metodología DEGURBA.

Fuente: Elaboración propia con base en Schiavina et al. (2023).

4 A lo largo del capítulo, se hace referencia a estas unidades subnacionales como municipios o localidades, de manera indistinta.

Recuadro 6.2

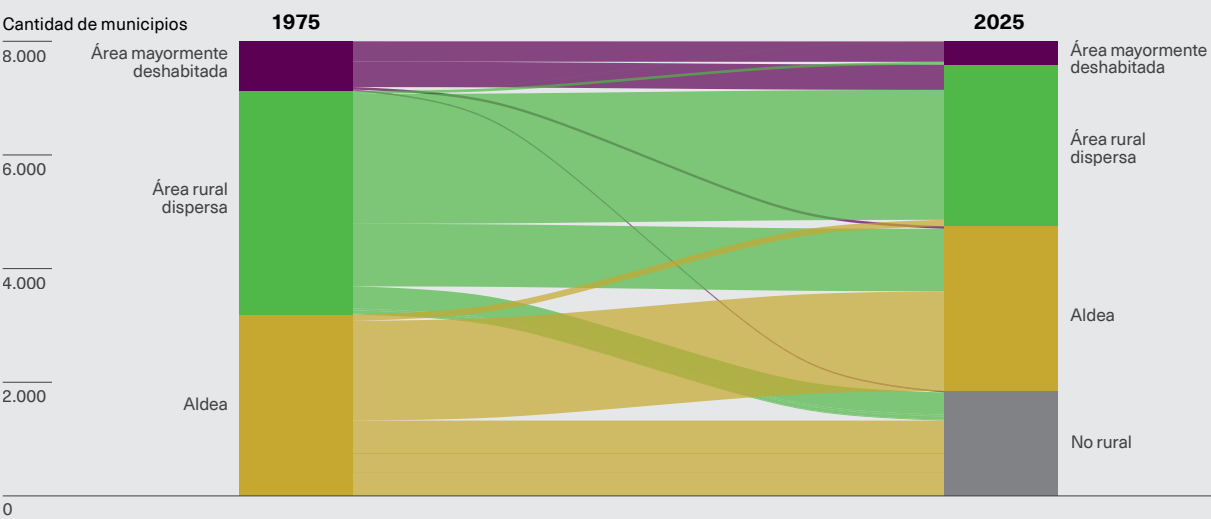
Enfoque DEGURBA aplicado al nivel de unidades administrativas subnacionales

A partir de la clasificación DEGURBA, de cuadrículas de 1 km² descrita en el recuadro 6.1, se puede determinar el grado de urbanización de unidades administrativas subnacionales más amplias (como municipios o distritos) en función de la proporción de población que reside en cada tipo de cuadrícula. Por ejemplo, una unidad subnacional se clasifica como rural si más del 50 % de su población vive en cuadrículas rurales (es decir, celdas de baja densidad), según la tipología del nivel 1 de DEGURBA. De manera análoga, se considera predominantemente urbana si más del 50 % de su población reside en cuadrículas urbanas (agrupaciones densas que forman centros urbanos) y se clasifica como semiurbana en los casos restantes. La tipología del nivel 2 de DEGURBA se aplica siguiendo criterios similares.

El gráfico 1 muestra la distribución de los municipios rurales en 1975 según el nivel 2 de la clasificación DEGURBA, así como las transiciones que experimentaron entre 1975 y 2025. Aproximadamente 8.000 municipios eran rurales en 1975 y, de ellos el 23 % se clasificaban como aldeas, el 32 % eran áreas rurales dispersas y el 7 %, áreas rurales deshabitadas. Parte de estas áreas pasaron a categorías de mayor grado de urbanización. En particular, aproximadamente un cuarto dejó de ser clasificado como rural en 2025.

Para este reporte, la clasificación DEGURBA aplicada a unidades administrativas subnacionales se combina con datos censales (obtenidos de Redatam, IPUMS, MIALC^a) y con la base de datos de Gobiernos Locales y Regionales de CAF (2025a), entre otras. Eso permite obtener caracterizaciones demográficas, de migraciones, de acceso a servicios públicos y finanzas públicas subnacionales según el grado de ruralidad de los territorios.

Gráfico 1
Distribución y transición de unidades administrativas subnacionales rurales de América Latina y el Caribe, 1975-2025



Nota: Los países incluidos son Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Guyana, Guyana Francesa, Honduras, Haití, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Paraguay, República Dominicana, Surinam, Uruguay y Venezuela.

Fuente: Elaboración propia con base en Schiavina et al. (2023).

a. El Redatam es un programa informático desarrollado por la CEPAL utilizado por los países de ALC para procesar sus datos censales; el MIALC es la base de datos de Migración Interna en América Latina y el Caribe; y el IPUMS (Serie Integrada de Microdatos de Uso Público) es un sistema desarrollado en Estados Unidos que integra microdatos de censos y encuestas de todo el mundo.

Las transformaciones en el grado de ruralidad de las unidades subnacionales descritas resaltan la necesidad de reevaluar la naturaleza de los territorios y asentamientos que permanecen rurales. Es probable que, con el tiempo, estos espacios hayan desarrollado características distintivas que los separan de aquellos que se urbanizaron. Estas incluyen mayor aislamiento, menor densidad poblacional o rezagos más marcados en infraestructura y oportunidades económicas. De

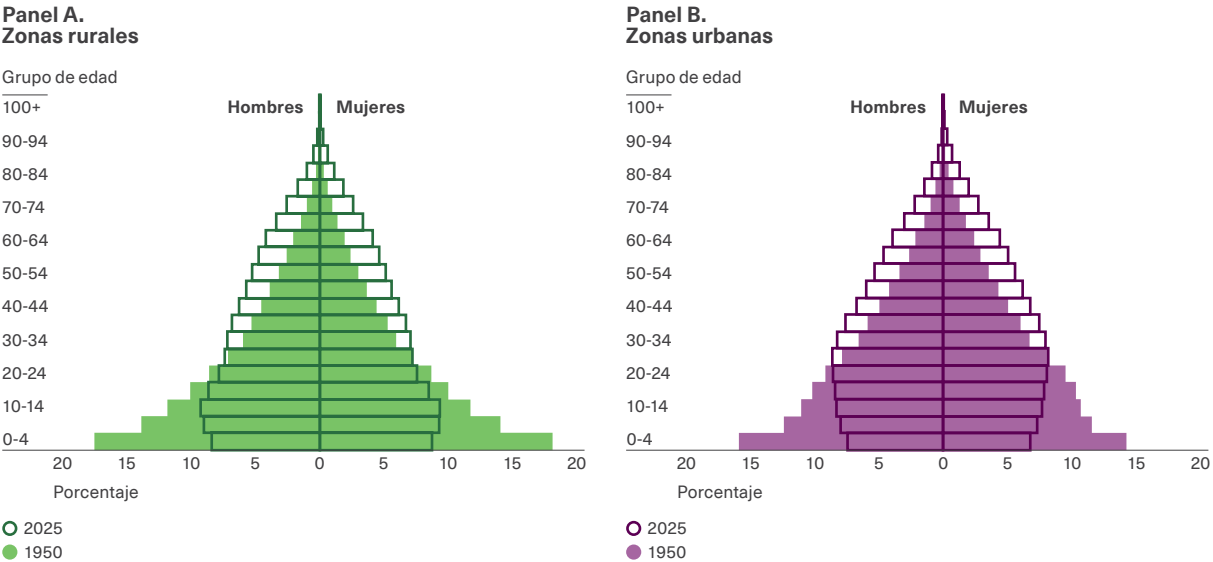
ser esto cierto, la población actual en el mundo rural no es enteramente comparable con la de décadas anteriores, sobre todo si los territorios que se han urbanizado partieron de mejores condiciones de desarrollo iniciales que los espacios que hoy siguen siendo rurales. Considerar esta posible persistencia selectiva de la ruralidad resulta importante al interpretar los indicadores de bienestar que se analizan en este capítulo del RED y los dos siguientes.

La transición demográfica en las zonas rurales

ALC atraviesa un proceso sostenido de cambio demográfico, resultado de la combinación de la caída de las tasas de fecundidad y el aumento de la esperanza de vida. Esta transformación demográfica ha ocurrido de manera mucho más acelerada en la región que en

muchos países desarrollados, generando en pocas décadas cambios profundos en la estructura etaria de la población y en las relaciones de dependencia entre generaciones (Álvarez et al., 2020).

Gráfico 6.2
Distribución de la población por edad y sexo. Promedio de América Latina y el Caribe, 1950 y 2025



Nota: Promedio simple calculado con datos de 20 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela).

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Celade-División de Población de la CEPAL y DPNU (2024).

Esos cambios se manifiestan tanto en las zonas urbanas como en las rurales. El gráfico 6.2 compara la estructura poblacional por edad y sexo en 1950 y las proyecciones para 2025 (Celade-División de Población de la CEPAL y DPNU, 2024), con base en las definiciones nacionales de ruralidad y urbanidad⁵. En 1950, ambas pirámides mostraban una base ancha,

reflejo de tasas de natalidad elevadas, y un estrechamiento progresivo en los grupos de edad más avanzada, asociado a menores niveles de longevidad. En contraste, las pirámides actuales exhiben una base más estrecha y una mayor proporción de población en edades adultas.

Fecundidad

La reducción de los nacimientos constituye el principal factor detrás del escaso o nulo crecimiento demográfico de las sociedades más desarrolladas y una de las principales causas del envejecimiento poblacional (Cabella y Nathan, 2018). En ALC, las tasas de fecundidad global han disminuido de manera sostenida a lo largo de las últimas décadas. En promedio, la región se ubica en 1,8 hijos por mujer, por debajo del nivel de reemplazo, estimado en 2,1 hijos (CEPAL, 2024b).

Históricamente, las tasas de fecundidad han sido más altas en las zonas rurales que en las urbanas⁶. El gráfico 6.3 presenta la evolución del número de hijos nacidos vivos entre mujeres de 45 a 49 años de zonas rurales y urbanas, según los criterios nacionales, calculados a partir de datos censales entre las décadas de 1970 y 2020.

En los países con datos censales disponibles para las décadas de 1970 o 1980, el número promedio de hijos de las mujeres rurales se situaba entre 6 y 8, salvo en Argentina y Uruguay, con aproximadamente 4 y 3, respectivamente. En los países con censos en la década de 2010 y 2020, ese mismo indicador se ubicaba entre 3 y 5, con la excepción de Uruguay (2 hijos). En general, la cantidad promedio de hijos por mujer disminuyó en todos los países durante el período tanto en las zonas rurales (panel A del gráfico 6.3) como en las urbanas (panel B del mismo gráfico). Hacia finales del siglo pasado, varios países experimentaron una reducción del número de hijos

más acelerada en las áreas urbanas, ampliando la diferencia con las zonas rurales (por ejemplo, en Bolivia, Colombia, Guatemala, Honduras, México y Paraguay). Desde la década de 2000, la caída en las áreas rurales ha sido más pronunciada, reduciendo esa brecha de manera sostenida⁷.



Históricamente, las tasas de fecundidad han sido más altas en las zonas rurales que en las urbanas, aunque en las últimas décadas esta brecha se ha ido cerrando

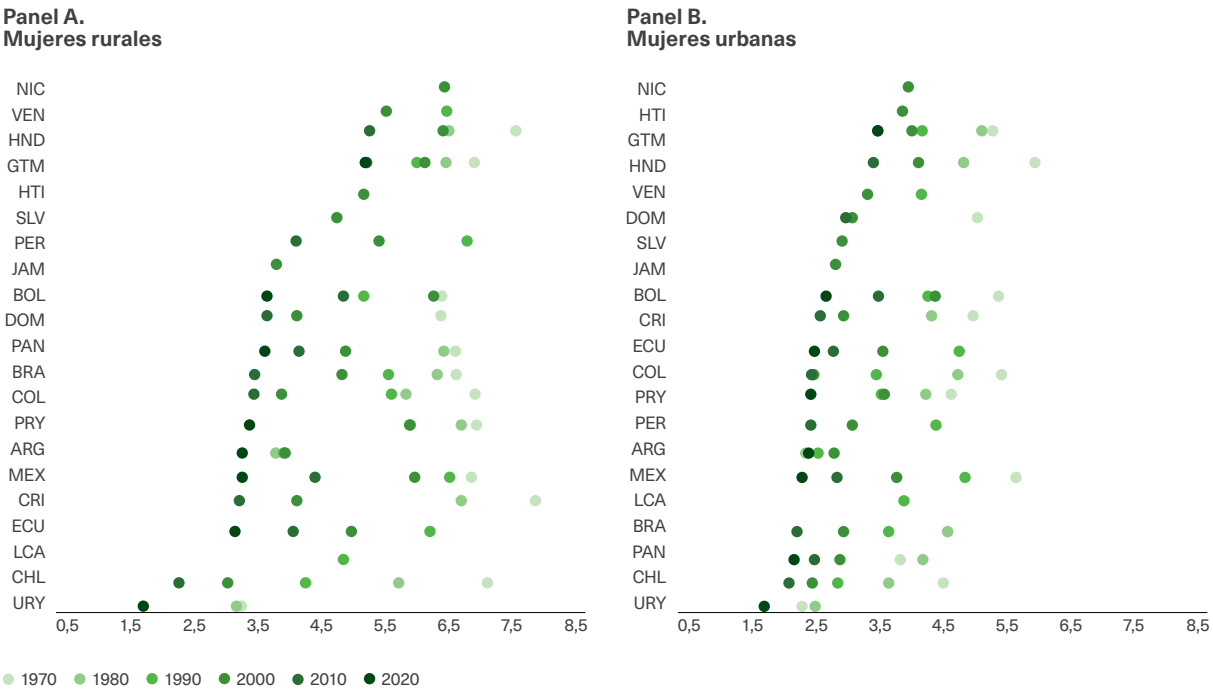
La literatura económica y demográfica identifica factores centrales detrás de la caída de la fecundidad. Entre ellos están la expansión de la educación femenina, el aumento del costo de oportunidad del tiempo de las mujeres, los cambios en las normas de género y la mayor participación laboral femenina (Doepke et al., 2023), así como la mayor disponibilidad de anticonceptivos y la reducción de la mortalidad infantil. Estos determinantes operan en áreas urbanas y rurales, aunque con matices importantes: la transición es más lenta en el ámbito rural porque estos cambios avanzan con mayor rezago (Lerch, 2019).

5 A lo largo del capítulo, los indicadores presentados para ALC corresponden al promedio simple entre países. La decisión de utilizar promedios simples, en lugar de ponderaciones por población, busca evitar que los resultados reflejen de manera desproporcionada la situación de los países más grandes en términos poblacionales.

6 Las tasas de fecundidad en los países de la región, calculadas con base en las encuestas de demografía y salud (DHS, por sus siglas en inglés) y las encuestas de indicadores múltiples por conglomerados (MICS, por sus siglas en inglés), demuestran este patrón (CEDLAS, 2025).

7 El gráfico A.6.1 del apéndice, disponible en la edición en línea del RED, muestra la evolución de las brechas.

Gráfico 6.3
 Cantidad de hijos nacidos vivos por mujer entre 45 y 49 años en países de América Latina y el Caribe, décadas 1970-2020



Nota: Se cubren 21 países cuyos censos proporcionan información sobre el número de hijos nacidos vivos por mujer.
Fuente: Elaboración propia con base en Barnes y de la Mata (2025) a partir de datos censales.

Un fenómeno demográfico de particular relevancia para la región es la maternidad a temprana edad. El embarazo adolescente constituye uno de los desafíos más persistentes en la región, que registra algunas de las tasas más altas del mundo. Bancalari et al. (2025) documentan las marcadas desigualdades socioeconómicas y territoriales del fenómeno, destacando diferencias notorias entre zonas rurales y urbanas, con tasas significativamente más elevadas en las primeras.

El gráfico 6.4 muestra la evolución del porcentaje de mujeres de 15 a 19 años con hijos en áreas rurales de

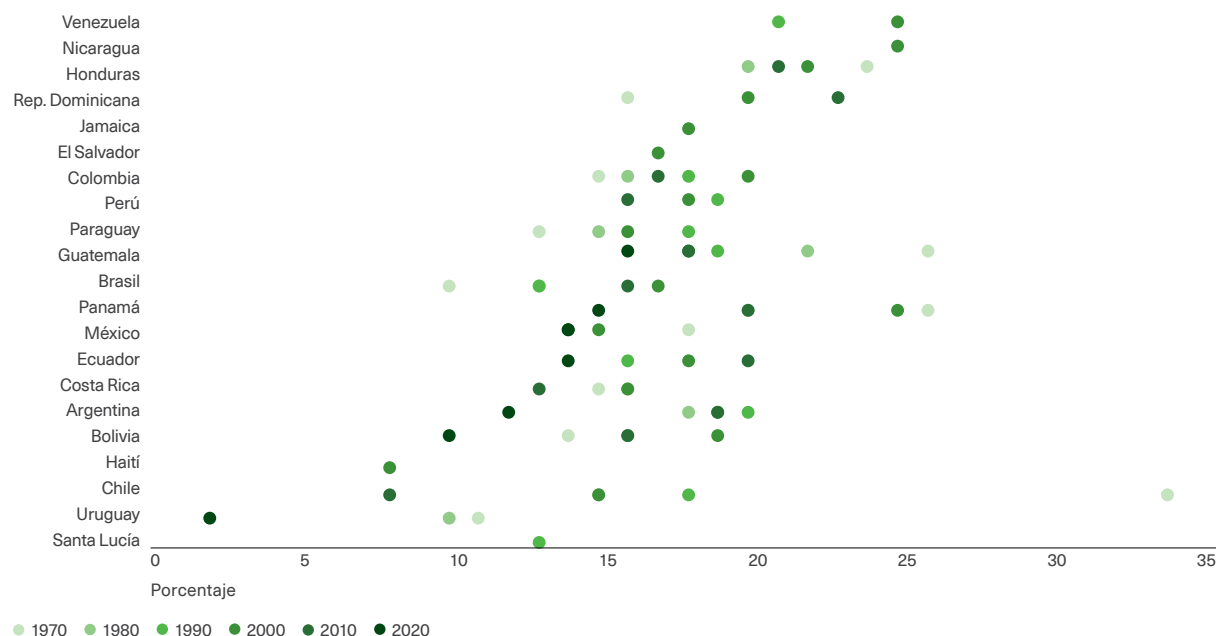
los países de ALC⁸ entre 1970 y 2020. En él se observan descensos importantes: en las décadas de 1970 y 1980, entre el 10 % y el 34 % de las mujeres rurales de 15 a 19 años ya eran madres; en las décadas de 2010 y 2020 estos valores se ubicaron entre el 8 % y el 23 %, con la excepción de Uruguay (2 %). Aunque estos avances son alentadores y en parte se asocian a las caídas globales de la fecundidad, el embarazo adolescente continúa teniendo mayor incidencia en las zonas rurales que en las urbanas y las reducciones registradas, especialmente en la última década, son menos pronunciadas en las primeras que en las segundas⁹.

8 El porcentaje de mujeres de 15 a 19 años que son madres en el momento del censo constituye un indicador alternativo y complementario al ODS 3.7.2, que mide la tasa de fecundidad adolescente. Aunque ambos indicadores se refieren al mismo fenómeno (la maternidad temprana), el indicador censal tiene la ventaja de ser estructural (mide la prevalencia acumulada en una cohorte) y comparable en el tiempo y entre territorios, incluso en contextos donde los registros vitales son incompletos o heterogéneos.

9 El gráfico A.6.2 del apéndice de este capítulo, disponible en la edición en línea del RED, muestra estas tasas para las mujeres de áreas urbanas y las brechas rural-urbanas.

Gráfico 6.4

Porcentaje de mujeres rurales de 15 a 19 años con hijos en países de América Latina y el Caribe, décadas 1970-2020



Nota: La muestra comprende 21 países que disponen de datos censales sobre el número de hijos nacidos vivos por mujer.

Fuente: Elaboración propia con base en Barnes y de la Mata (2025) a partir de datos censales.

Envejecimiento y dependencia en la población rural

El estrechamiento de la base de la pirámide y la expansión de los grupos de mayor edad reflejan el avance del envejecimiento poblacional, fenómeno que también se manifiesta con fuerza en las áreas rurales. El panel A del gráfico 6.5 muestra la evolución de la composición etaria de la población rural en cuatro grandes grupos de edad entre 1970 y 2020. El envejecimiento, medido por la proporción de personas de 65 años o más, avanza en las zonas rurales y, al igual que en áreas urbanas, alcanza actualmente alrededor del 10 % de la población¹⁰.

El aumento del peso relativo de las personas mayores, junto con la reducción de la cantidad de niños y adolescentes, está modificando las tasas de dependencia y el equilibrio entre población activa y dependiente. El panel B del gráfico 6.5 muestra el incremento sostenido de la tasa de dependencia de adultos mayores, particularmente en zonas rurales: en la década de 2020, por cada 100 personas en edad económicamente activa (15-64 años) había 15 personas de 65 años o más en el área rural, una proporción levemente superior a la urbana. Tendencias similares se observan en el continuo rural-urbano, como ilustra el recuadro 6.3: la población de los municipios

10 Los cambios en la distribución de la población urbana pueden verse en el gráfico A.6.3 del apéndice, disponible en la edición en línea del RED.

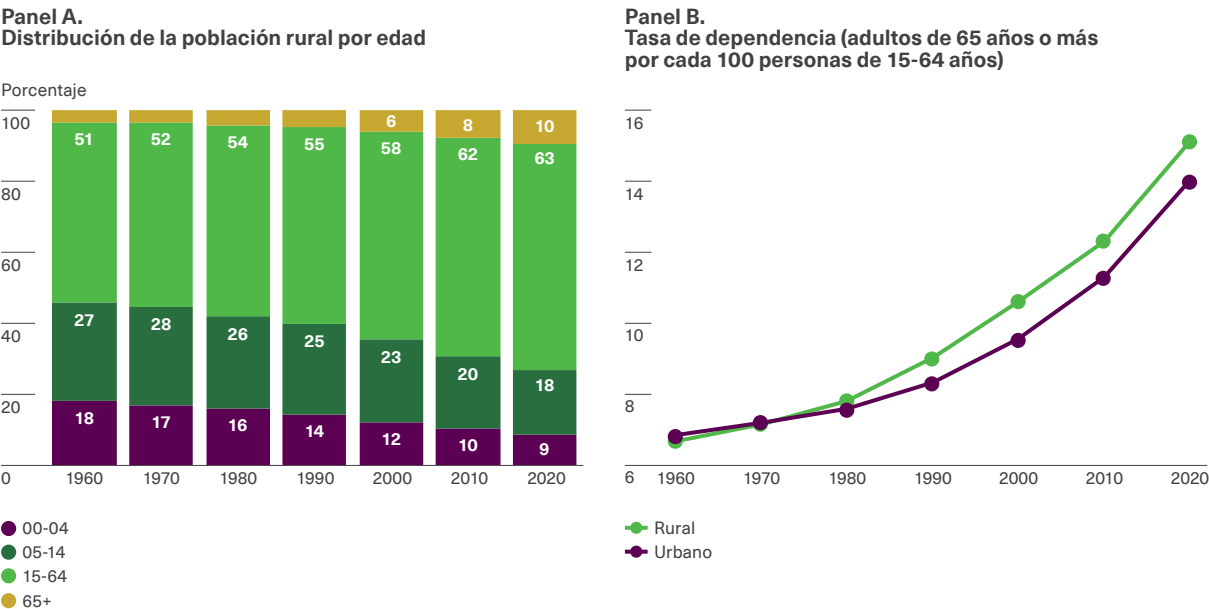
rurales no solo es ligeramente de mayor edad, sino que envejece a un ritmo más rápido y presenta tasas de dependencia más elevadas que las de los municipios semiurbanos y urbanos.

Si bien el envejecimiento y el aumento en las tasas de dependencia de adultos es generalizado en toda la región, su impacto puede ser más profundo en el ámbito rural. Esto se debe a que plantea desafíos específicos para la provisión de servicios de salud, por la necesidad de cuidados y estrategias en ese

sentido, así como para la sostenibilidad económica de los hogares, lo que se describe en mayor detalle en los capítulos 7 y 8.

● ●
El fenómeno del envejecimiento poblacional se manifiesta con fuerza en las áreas rurales al igual que en las áreas urbanas

Gráfico 6.5
Distribución de la población rural por grupos de edad y tasas de dependencia de adultos en zonas rurales y urbanas. Promedio de América Latina y el Caribe, décadas 1960-2020



Nota: Promedio simple calculado con datos de 20 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela). Los valores de las proyecciones corresponden al punto medio de cada década. Los totales pueden diferir levemente de 100 % por redondeo.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Celade-División de Población de la CEPAL y DPNU (2024).

Recuadro 6.3

Transición demográfica en el continuo rural-urbano

Barnes y de la Mata (2025) caracterizan la transición demográfica en el continuo rural-urbano mediante la integración de datos censales y la clasificación DEGURBA de nivel 1 aplicada a unidades administrativas subnacionales.

El análisis abarca indicadores de envejecimiento, fecundidad y dependencia para municipios de distinto grado de urbanización entre 1970 y 2020, con base en 67 censos de 18 países de América Latina y el Caribe.

El panel A del gráfico 1 muestra que el envejecimiento poblacional, medido por la proporción de personas de 65 años o más, se presenta con intensidad similar en municipios rurales, intermedios y urbanos, siendo incluso más alto en los primeros. De modo concordante, el panel B evidencia una jerarquía consistente entre ámbitos geográficos, donde las zonas rurales presentan sistemáticamente las mayores cargas de dependencia, seguidas por las zonas semiurbanas y, por último, las zonas urbanas.

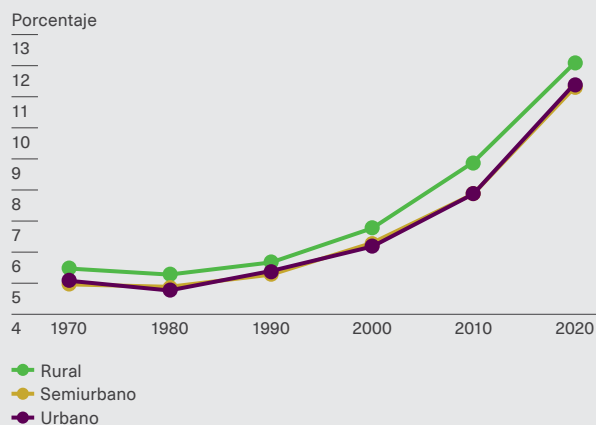
El análisis comparado entre países revela varios patrones: (1) el envejecimiento poblacional es un fenómeno generalizado en todos los ámbitos del continuo rural-urbano, duplicándose en promedio la participación de mayores (65 años o más) entre las décadas de 1970-1980 y 2010; (2) ya en las décadas de los setenta y ochenta, los municipios rurales y semiurbanos presentaban poblaciones más envejecidas que los urbanos, con la excepción de Costa Rica; (3) para el promedio de países, el incremento del envejecimiento ha sido mayor en municipios rurales, aunque con heterogeneidad entre ellos; (4) la participación de la población de 85 años o más ha crecido con mayor fuerza en los municipios urbanos.

El análisis de la fecundidad revela que, a pesar de que los municipios rurales exhiben niveles más elevados de fecundidad, la disparidad con respecto a municipios semiurbanos y urbanos se ha reducido significativamente y se evidencia una clara convergencia entre las áreas.

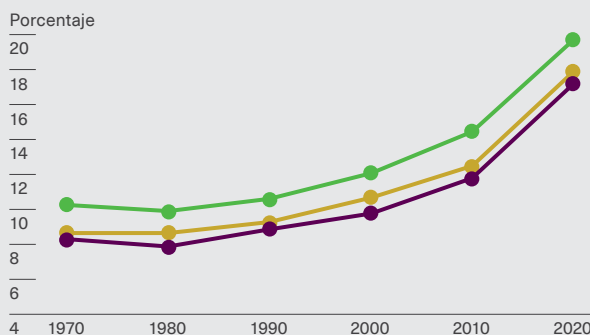
Gráfico 1.

Envejecimiento y dependencia según el grado de urbanización de los municipios. Promedio de América Latina y el Caribe, 1970-2020

Panel A.
Población de 65 años o más



Panel B.
Tasa de dependencia de los adultos (personas de 65 años o más por cada 100 de 15-64 años)



Nota: Promedios simples calculados con los censos disponibles, en cada década, de los 18 países (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela). En aquellos donde fue posible, se estimó el valor de la década faltante aplicando las tendencias específicas dentro de cada grado de urbanización.

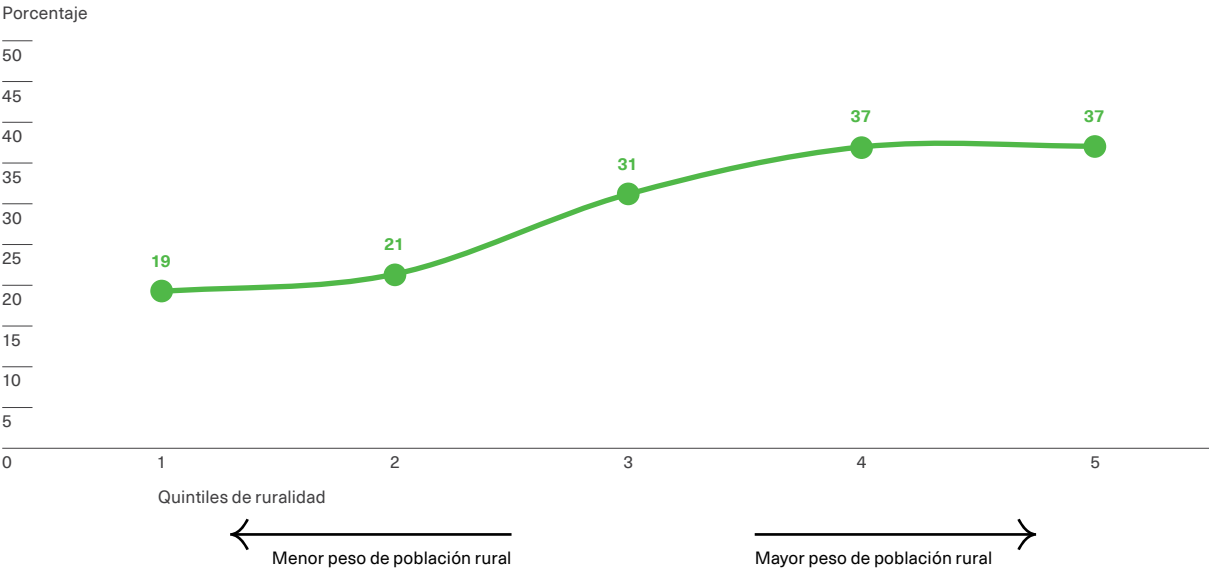
Fuente: Elaboración propia con base en Barnes y de la Mata (2025) a partir de datos censales.

Población indígena y ruralidad

La población indígena está claramente sobrerrepresentada en las áreas rurales de ALC, según las definiciones nacionales de ruralidad, un patrón que no se observa de manera sistemática en la población afrodescendiente (Albina et al., 2024). A partir de datos censales, Albina et al. (2024) muestran que la presencia indígena en la población rural más que duplica la media nacional en varios países: en Colombia alcanza el 10 % frente al 3 % nacional; en Costa Rica, el 5 % frente al 2 %; en Ecuador, el 15 % frente al 7 %; y en Panamá, el 27 % frente al 12 %. En países con una fuerte presencia indígena en el total de la población, esta sobrerrepresentación rural también se mantiene. Así, la población indígena llega al 80 % en las áreas rurales de Bolivia (frente al 47 % nacional), al 20 % en Chile (23 % nacional), al 52 % en Guatemala (41 % nacional) y al 38 % en México (22 % nacional).

Un análisis a nivel de municipios muestra que, a medida que aumenta la ruralidad, también lo hace la proporción de población indígena. El gráfico 6.6 muestra la proporción que representa la población indígena en los municipios de 14 países de ALC que obtienen información étnico-racial con sus censos. Los municipios se ordenan en quintiles, de menor a mayor, según el peso de la población rural respecto a la población total de la unidad subnacional. En el primer quintil (20 % de las unidades subnacionales con menos peso de la población rural), la participación de la población indígena alcanza el 20 %. En el último quintil (20 % de las unidades subnacionales con más peso de la población rural) dicha participación se eleva al 40 %.

Gráfico 6.6
Porcentaje de población indígena sobre población total municipal. Promedio de América Latina y el Caribe por grado de ruralidad municipal



Nota: Los quintiles se construyen ordenando los municipios de menor a mayor según su porcentaje de población rural. La población rural del municipio corresponde a la definida por la tipología de nivel 1 de la clasificación DEGURBA (ver los recuadros 6.1 y 6.2). El eje vertical presenta, para cada quintil, el promedio simple de la participación de la población indígena en los municipios que lo integran. En total, se consideran 7.580 unidades administrativas subnacionales correspondientes a 14 países (Belice, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela) y los datos corresponden al último censo de cada país.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de CAF (2025a) y Schiavina et al. (2023).



Familia en vivienda rural de Samaipata, Bolivia.

Estructura de los hogares

La composición de los hogares en ALC ha experimentado cambios profundos en las últimas décadas. Estos reflejan la evolución demográfica y alteraciones en los patrones económicos, asociados a la modificación de la estructura productiva, y en los patrones culturales, por ejemplo, en las normas que rigen los roles de género (Becca et al., 2025; Esteve et al., 2025; Trias-Prats y Esteve, 2025).

Estos cambios han impactado de manera diferencial a los entornos rurales y urbanos, con algunas tendencias convergentes y otras donde persisten diferencias marcadas. Comprender la estructura de los hogares rurales, incluyendo el número de miembros, la presencia de niños y adultos mayores, la jefatura femenina y la estructura familiar, es importante para analizar las condiciones de vida en el mundo rural. Estos aspectos inciden directamente en la organización del cuidado, las decisiones educativas y laborales de los miembros del hogar, las fuentes de ingreso y las necesidades de servicios sociales, entre otros.

El gráfico 6.7 resume la evolución de estos indicadores entre 2003 y 2023 para los hogares rurales y urbanos de 14 países de la región incluidos en la base del CEDLAS (2025)¹¹. En primer lugar, el tamaño promedio de los hogares se redujo de manera sostenida (panel A): pasó de 4 a 3 miembros tanto en las áreas rurales como en las urbanas, exponiendo la disminución de la fecundidad.

Uno de los cambios más notorios en la región ha sido el aumento de los hogares con jefatura femenina (panel B), es decir, aquellos donde la mujer es identificada como la principal responsable del hogar¹². Este fenómeno refleja transformaciones en los modelos familiares y una mayor autonomía femenina, pero también la persistencia de desigualdades de género en la organización del cuidado (Liu et al., 2017). Esta tendencia se ha observado tanto en áreas rurales como urbanas. En 2023, el 16 % de los hogares rurales tenía una mujer como jefa del hogar, en comparación con

el 22 % en las áreas urbanas, lo que representa un aumento sostenido en las últimas décadas.

Sin embargo, la jefatura económica, es decir, la que considera al principal proveedor de ingresos, sigue siendo considerablemente más baja entre las mujeres (panel C). Aunque se ha registrado un crecimiento con respecto a los niveles prácticamente nulos observados a inicios de la década de 2000, en la actualidad solo el 6 % de los hogares rurales y el 8 % de los urbanos tienen a una mujer como principal sostén económico. Esta brecha pone de manifiesto las dificultades que enfrentan las mujeres en el acceso a empleos de calidad y la persistente distribución desigual de las tareas domésticas y de cuidado, aspectos que continúan limitando su plena autonomía económica, como se documenta en el capítulo 7 para el caso rural.

Los hogares con niños disminuyeron de forma significativa (panel D), en línea con la caída de la fecundidad: del 61 % al 43 % en zonas rurales y del 56 % al 39 % en las urbanas. Al mismo tiempo, aumentó la presencia de adultos mayores en los hogares (panel E), que pasó del 21 % al 27 % en el ámbito rural y del 20 % al 27 % en el urbano. Este cambio demográfico refleja el envejecimiento poblacional analizado previamente, pero también el papel persistente de los hogares como red de apoyo intergeneracional, especialmente en contextos donde los sistemas formales de cuidado son limitados (Becca et al., 2025).

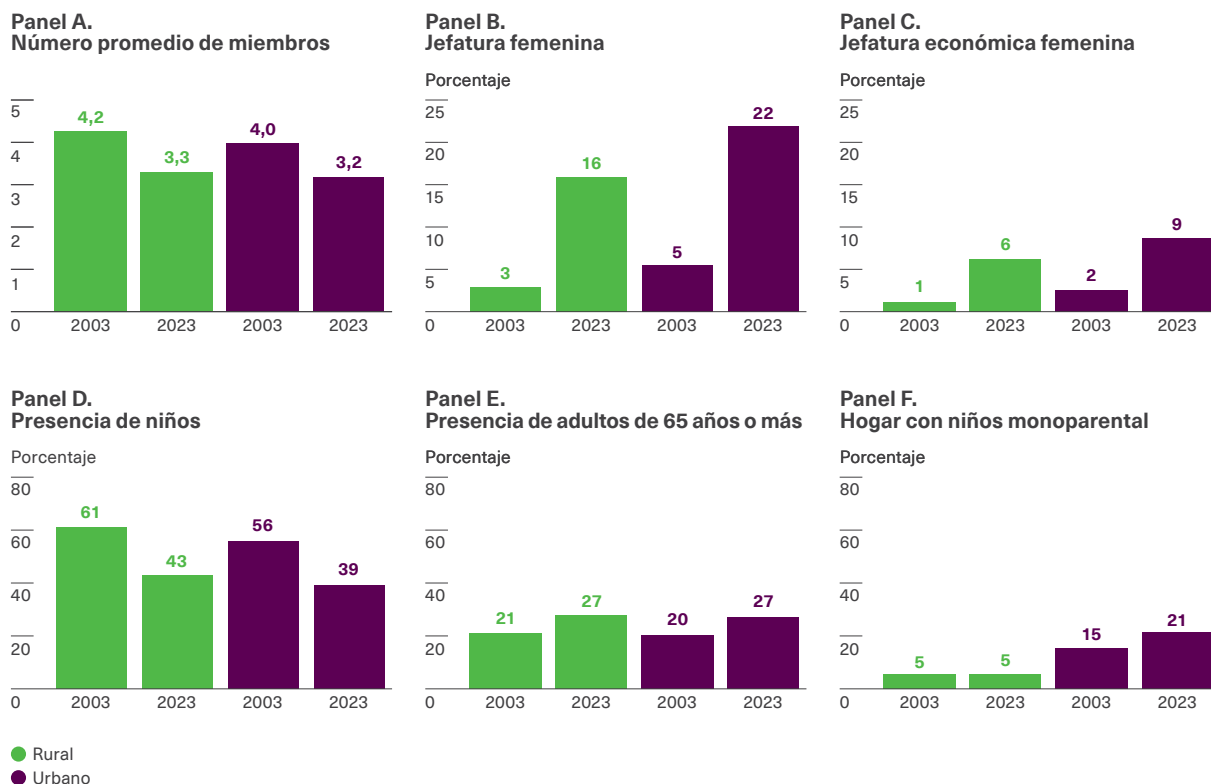
Otro cambio relevante en ALC es el aumento de los hogares monoparentales, mayoritariamente encabezados por mujeres (Gailán et al., 2023; Ullmann et al., 2014). No obstante, se trata de un fenómeno marcadamente urbano, ya que, en las zonas rurales, la proporción de hogares monoparentales se mantiene estable, en torno al 5 % (panel F). Esto indica que, aunque la configuración familiar evoluciona en toda la región, las formas tradicionales continúan siendo más frecuentes en el ámbito rural.

11 Esta base incluye datos de Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay.

12 La jefatura del hogar es autorreportada. El aumento de la jefatura femenina puede ser reflejo de diversas situaciones, entre las que se incluyen alteraciones en la composición de los hogares, como el aumento de hogares encabezados por mujeres debido a la ausencia de una pareja o por cambios en el reporte de hogares en los que convive una pareja.

Gráfico 6.7

Características de los hogares en zonas urbanas y rurales. Promedio de América Latina y el Caribe, 2003-2023



Nota: Promedio simple calculado con 14 países (Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay). Los paneles A, B, C, D y E se calculan sobre el total de hogares cuyo jefe de hogar es mayor de 15 años. El panel F se calcula excluyendo los hogares unipersonales.

Fuente: Elaboración propia con base en CEDLAS (2025).

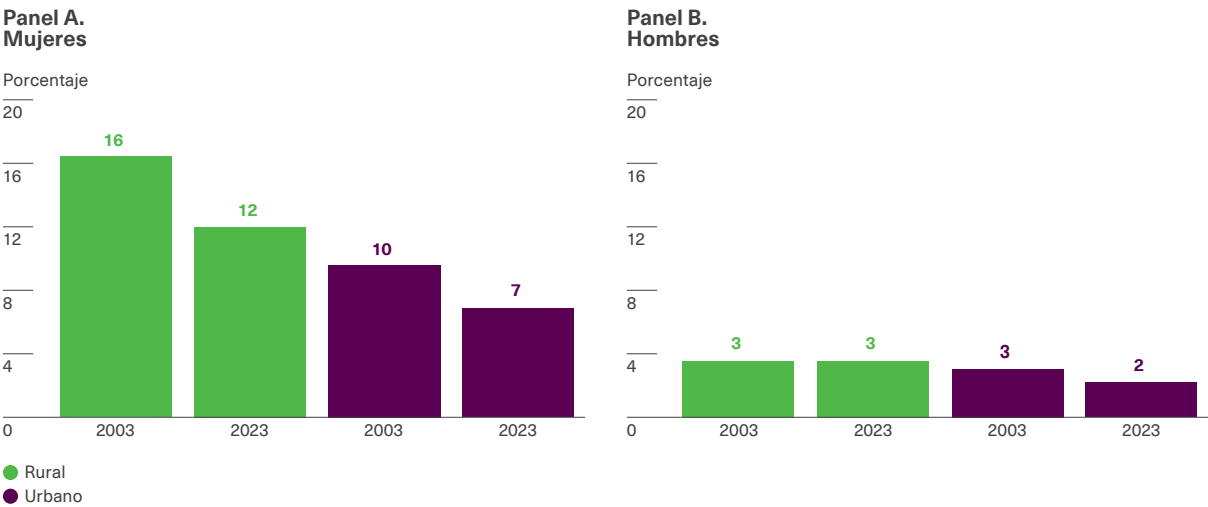


El matrimonio temprano sigue siendo considerablemente más frecuente en las áreas rurales que en las urbanas, lo que tiene implicaciones importantes para la trayectoria educativa y laboral de las jóvenes rurales

Una diferencia persistente entre el mundo rural y urbano es la prevalencia del matrimonio a edades tempranas. En ambos entornos, las mujeres siguen teniendo una mayor probabilidad que los hombres

de casarse o entrar en unión entre los 15 y 19 años (gráfico 6.8). A pesar de los avances, el matrimonio temprano sigue siendo considerablemente más frecuente en las áreas rurales que en las urbanas, lo que tiene implicaciones importantes para la trayectoria educativa y laboral de las jóvenes rurales (Bellés-Obrero y Lombardi, 2023; CEPAL, 2022), además de constituir una violación a los derechos humanos cuando ocurre antes de los 18 años (Unicef, 2019).

Gráfico 6.8
Porcentaje de jóvenes de 15 a 19 años casados o unidos en zonas rurales y urbanas. Promedio de América Latina y el Caribe, 2003-2023



Nota: Promedio simple calculado con 14 países (Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay).
Fuente: Elaboración propia con base en CEDLAS (2025).

Migración

La migración constituye un componente clave del cambio demográfico, ya que modifica el tamaño, la estructura y la localización de la población rural. Al igual que los componentes naturales del crecimiento (natalidad y mortalidad), la migración responde a determinantes socioeconómicos y territoriales y su análisis resulta esencial para comprender los procesos de despoblamiento, transformación productiva y reconfiguración territorial en el ámbito rural.

La migración desde zonas rurales obedece a la interacción entre factores de expulsión y atracción. Entre los primeros destacan el cambio tecnológico en el agro y las brechas de productividad y salarios entre el campo y la ciudad, así como la alta informalidad laboral (Gollin et al., 2014; Harris y Todaro, 1970; Jedwab et al., 2017; Lewis, 1954). A lo anterior

se suman choques adversos en el agro, restricciones de liquidez, distorsiones en los mercados agrícolas, la falta de aseguramiento (Britos et al., 2025; Bryan et al., 2014; Minale, 2018; Munshi y Rosenzweig, 2016), la violencia y la inseguridad (Clemens, 2021), además de los desastres naturales o el cambio climático (ver el recuadro 6.4). Estas condiciones, junto con la falta de infraestructura y redes de protección social (temas tratados en los capítulos 7 y 8 de este reporte), limitan las oportunidades en origen, mientras que el acceso a empleo, educación, servicios públicos y redes familiares en destino actúa como principal factor de atracción.

Recuadro 6.4

Migración y cambio climático

Las olas de calor extremas y otros eventos climáticos severos son cada vez más frecuentes e intensos y seguirán acelerándose en las próximas décadas (IPCC, 2021). Estos choques erosionan los rendimientos agrícolas y reducen los ingresos rurales, sobre todo en zonas de secano con escasas herramientas para la gestión de riesgos (Deschênes y Greenstone, 2007; Jessoe et al., 2018). En contextos de seguros y crédito incompletos, los hogares ajustan los insumos, venden activos, reasignan el trabajo familiar o migran (Carter y Lybbert, 2012; Jayachandran, 2006; Rosenzweig y Wolpin, 1993). La migración inducida por el clima puede tomar la forma de “migración por necesidad” (salidas para estabilizar el consumo tras pérdidas) o “migración por inversión” (movilidad financiada tras buenas cosechas como apuesta estratégica) (Ibáñez et al., s. f.; Kleemans, 2015) y suele ser de corta distancia, salvo cuando ya existen redes internacionales consolidadas (Findlay, 2011). En ALC, el Banco Mundial proyecta cerca de 17 millones de migrantes climáticos internos hacia 2050, casi el 3 % de la población (Rigaud et al., 2018).

Diversos estudios muestran efectos causales claros en el mundo rural e indican que los choques climáticos incrementan tanto la emigración internacional como la migración interna. Los huracanes elevaron la salida hacia Estados Unidos desde Centroamérica y el Caribe (Spencer y Urquhart, 2018). En El Salvador, el calor extremo redujo los rendimientos del maíz, forzó ajustes del trabajo y los insumos y, en ausencia de riego o seguros, empujó la migración internacional como mecanismo de estabilización (Ibáñez et al., s. f.). En México, episodios anómalamente cálidos y sequías severas aumentaron la emigración a Estados Unidos (Nawrotzki et al., 2016). En el frente interno, las olas de calor en Centroamérica y el Caribe incrementaron la movilidad, con efectos relativamente mayores entre mujeres jóvenes (Baez et al., 2017), y, en Sudamérica, las anomalías de temperatura se han asociado a más migración dentro del país (Thiede et al., 2016). En Brasil, la intensificación de las sequías elevó la migración rural-urbana (Busso y Chauvin, 2023). En conjunto, con datos de censos o encuestas y diseños de panel o diferencias, la evidencia muestra que los huracanes, el calor extremo y las sequías operan como detonantes de la movilidad rural.

Sin embargo, los efectos no son uniformes. En Ecuador, las condiciones ambientales adversas no siempre aumentan la salida y, según el contexto, pueden incluso reducirla (Gray y Bilsborrow, 2013). Además, cuando faltan redes o liquidez, choques severos pueden inhibir la migración (“migración atrapada”), reflejando costos de salida elevados y restricciones de financiamiento (Busso y Chauvin, 2023).

En síntesis, la migración por clima revela fallas de aseguramiento y crédito. La política pública debe actuar en dos frentes: por un lado, reducir la vulnerabilidad en origen (por ejemplo, con seguros agrícolas y de ingresos, créditos contracíclicos, infraestructura hídrica y de riego, asistencia técnica y sistemas de alerta) para que los hogares no migren forzados; y, por otro, facilitar la movilidad cuando la actividad agrícola en origen se vuelve inviable (Ibáñez et al., s. f.) (con mejor acceso al crédito para financiar la reubicación, reducción de los costos de las remesas, canales seguros de transferencia y apoyo a la inserción laboral y habitacional), de modo que la migración funcione como un mecanismo de adaptación eficaz y seguro.

Al clasificar la migración, se suelen distinguir tres categorías según la duración de la estancia: corto plazo (entre tres y doce meses), mediano plazo (de uno a cinco años) y largo plazo (más de cinco años). El análisis de este capítulo se centra en la migración

interna de mediano plazo, mensurable a partir de las preguntas censales sobre lugar de residencia cinco años antes del relevamiento. Se considera migrante a toda persona que declara residir en una localidad distinta a la de hace cinco años; el grado de ruralidad

de los municipios de origen y destino se clasifica según la tipología DEGURBA vigente o la más cercana disponible (Martínez Villa y Rosá, 2025). Este enfoque permite identificar los movimientos recientes desde municipios rurales, pero no capta la migración estacional o de muy corta duración ni los desplazamientos internacionales, cuyas limitaciones se discuten en los recuadros 6.5 y 6.6.

Es importante destacar que la migración vinculada al mundo rural puede analizarse bajo dos perspectivas: por un lado, los flujos de salida desde localidades rurales hacia otros entornos (emigración rural) y, por otro, los flujos de entrada en localidades rurales a partir de otras áreas (inmigración rural). Este informe se centra en la emigración rural, ya que actualmente representa el fenómeno migratorio más relevante desde el punto de vista cuantitativo para comprender el impacto demográfico en estas zonas.

Recuadro 6.5

Limitaciones a la hora de medir la migración

La medición de la migración enfrenta restricciones metodológicas y de datos que condicionan el tipo de análisis posible y, en consecuencia, las recomendaciones de política para abordar este fenómeno en el ámbito rural.

En la región, la principal fuente para identificar la migración reciente son los censos, a través de la pregunta sobre el lugar de residencia cinco años atrás. Esta aproximación ofrece una visión de mediano plazo, pero sin seguimiento individual, lo que impide reconstruir trayectorias migratorias, retornos, duración de estancias o vincular con precisión los cambios de residencia a choques económicos, climáticos o de política. Los resultados reflejan cortes transversales discretos, no procesos dinámicos.

El uso predominante de datos censales también conlleva limitaciones de cobertura y calidad en variables económicas clave, como los ingresos o el empleo, que suelen captarse de forma parcial o poco comparable entre países. En zonas rurales, la informalidad y el autoconsumo agravan estas limitaciones. A su vez, no es posible captar la movilidad estacional, circular o de muy corta duración, ni documentar arreglos de multirresidencia comunes en áreas rurales.

Frente a estas restricciones, es fundamental avanzar en la creación de sistemas de recolección de datos longitudinales donde aún no existen y retomar aquellos que fueron discontinuados. En particular, las encuestas de hogares tipo panel, que permiten seguir a los mismos individuos o familias a lo largo del tiempo, son esenciales para analizar trayectorias, retornos, impactos sobre el bienestar y respuestas ante choques. América Latina contó con experiencias valiosas en este campo: la Encuesta Nacional de Hogares sobre Medición de Niveles de Vida en Nicaragua y la Mexican Family Life Survey en México, cuyas últimas rondas se realizaron hace más de una década, junto con el estudio Young Lives en Perú, que constituye la única experiencia aún activa, con una séptima ronda en curso (2023-2024). Esta desinversión sostenida en encuestas de panel limita gravemente la posibilidad de comprender fenómenos dinámicos como la migración.

Complementariamente, el uso de fuentes administrativas y registros sectoriales, como padrones escolares, programas sociales o registros sanitarios, puede ayudar a detectar cambios de residencia con mayor oportunidad. Sin embargo, estos registros carecen del componente de seguimiento individual necesario para comprender la dinámica migratoria y no sustituyen la necesidad de datos longitudinales representativos.

Recuadro 6.6

Migración estacional y temporal rural en América Latina y el Caribe

La migración estacional rural comprende desplazamientos temporales, generalmente alineados con ciclos productivos (siembra y cosecha, obras de construcción, faenas extractivas o temporadas turísticas). Esta movilidad, predominante entre jóvenes rurales de hogares de bajos ingresos, combina estrategias agrícolas de subsistencia con empleo eventual remunerado (Soto Baquero y Klein, 2012).

Migración estacional interna. En la agricultura, se observan cuadrillas temporales en zonas cafeteras, bananeras y cañeras del Cono Sur y los Andes, así como flujos intrarregionales en Bolivia, Honduras y Perú (Reardon et al., 2004). Más allá del agro, grandes obras de infraestructura, como represas o carreteras, atraen trabajadores por meses o años. En la minería andina predominan esquemas rotativos, con traslado desde las zonas rurales o ciudades intermedias (Clemenceau, 2023). Sectores como la acuicultura y el procesamiento pesquero, por ejemplo en la salmonicultura del sur de Chile, generan picos de empleo estacional (Tapia Catalán y Marchant Santiago, 2025). En destinos turísticos, la contratación temporal en hotelería, gastronomía y servicios se intensifica durante la temporada alta (OIT, 2022). Este conjunto de actividades muestra que la movilidad estacional rural no se limita al agro, sino que se extiende a distintos sectores con demandas puntuales de mano de obra.

En términos de bienestar, estos movimientos permiten complementar ingresos y mejorar la seguridad alimentaria al diversificar fuentes laborales, pero también implican separaciones familiares, aumentan la carga de cuidados en el hogar de origen y pueden provocar escasez temporal de mano de obra local durante los picos productivos.

Migración estacional internacional. Existen también desplazamientos de corta duración hacia otros países, estructurados mediante redes sociales, arreglos informales o programas de movilidad temporal. México destaca por la participación de trabajadores agrícolas en campañas de recolección en Estados Unidos y Canadá, mientras que El Salvador, Guatemala y Honduras registran flujos estacionales hacia el sur de México. En el Caribe, los movimientos incluyen migración hacia Estados Unidos en temporadas turísticas y de construcción, así como desplazamientos intrarregionales: República Dominicana y las islas del Caribe Oriental reciben trabajadores estacionales, principalmente desde Jamaica y Haití, para cubrir picos de demanda (Busso et al., 2023).

Para los hogares rurales, estas movilidades generan remesas que suavizan el consumo y facilitan inversiones en educación, salud o pequeños activos productivos. Se estima que alrededor del 40 % de las remesas regionales se dirigen a zonas rurales (Vasconcelos et al., 2017). No obstante, la temporalidad puede acentuar la precariedad laboral en los destinos y aumentar la vulnerabilidad de los hogares en origen ante la ausencia temporal de miembros adultos.

En conjunto, la migración estacional (interna e internacional) constituye una estrategia laboral clave para los hogares rurales, articulada en torno a ciclos productivos y oportunidades temporales, pero también asociada a costos familiares y riesgos laborales que requieren políticas específicas de protección.

El fenómeno de la emigración rural hoy en día

La migración rural-urbana en ALC es un proceso de larga data, asociado históricamente a la industrialización y a la expansión de los servicios, con ritmos e intensidades heterogéneos entre países. En aquellos

urbanizados tempranamente (Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay), el pico del éxodo campo-ciudad se observó principalmente en la década de 1980 y se moderó en la de 1990. En países de urbanización

más tardía (Bolivia, Guatemala, Panamá y República Dominicana), el máximo se registró en la década de 1990 (Rodríguez Vignoli, 2004).

El gráfico 6.9 presenta evidencia reciente sobre la migración de origen rural en dos dimensiones¹³. El panel A muestra la tasa de emigración de origen rural, entendida como el promedio anual de personas que abandonaron municipios rurales en el último lustro, dividida por la población rural 5 años atrás¹⁴. En contraste, el panel B presenta la tasa de migración neta, que capta el saldo migratorio neto de los municipios rurales, es decir, la diferencia promedio anual entre el número de personas que inmigraron y aquellas que emigraron en dichos municipios en los últimos 5 años, dividida por la población rural un lustro atrás, es decir el saldo neto poblacional luego de los movimientos migratorios. Una tasa de migración neta negativa implica que más personas abandonaron el mundo rural que las que llegaron a este. Esta distinción resulta fundamental para comprender no solo la magnitud del fenómeno migratorio, sino también su impacto demográfico neto.

En el panel A del gráfico 6.9 se observa que países como Brasil, Chile, Colombia y Perú registran los niveles más elevados de emigración rural, con tasas que en algunos casos alcanzan o superan el 2 % anual de la población rural total. En el extremo opuesto, países como Cuba, El Salvador y México presentan tasas de salida más moderadas, en torno al 1 % anual, probablemente porque sus picos migratorios ocurrieron hace más tiempo y por la relevancia de la migración internacional, cuya magnitud no puede ser medida adecuadamente con la información censal disponible.

● ● Desde la década de 2010, la emigración rural supone la salida anual de entre el 1 % y el 2 % de la población rural

● ● En promedio el 50 % de las personas que migran desde municipios rurales se traslada a municipios urbanos, mientras que el resto se distribuye en partes similares entre municipios semiurbanos y rurales

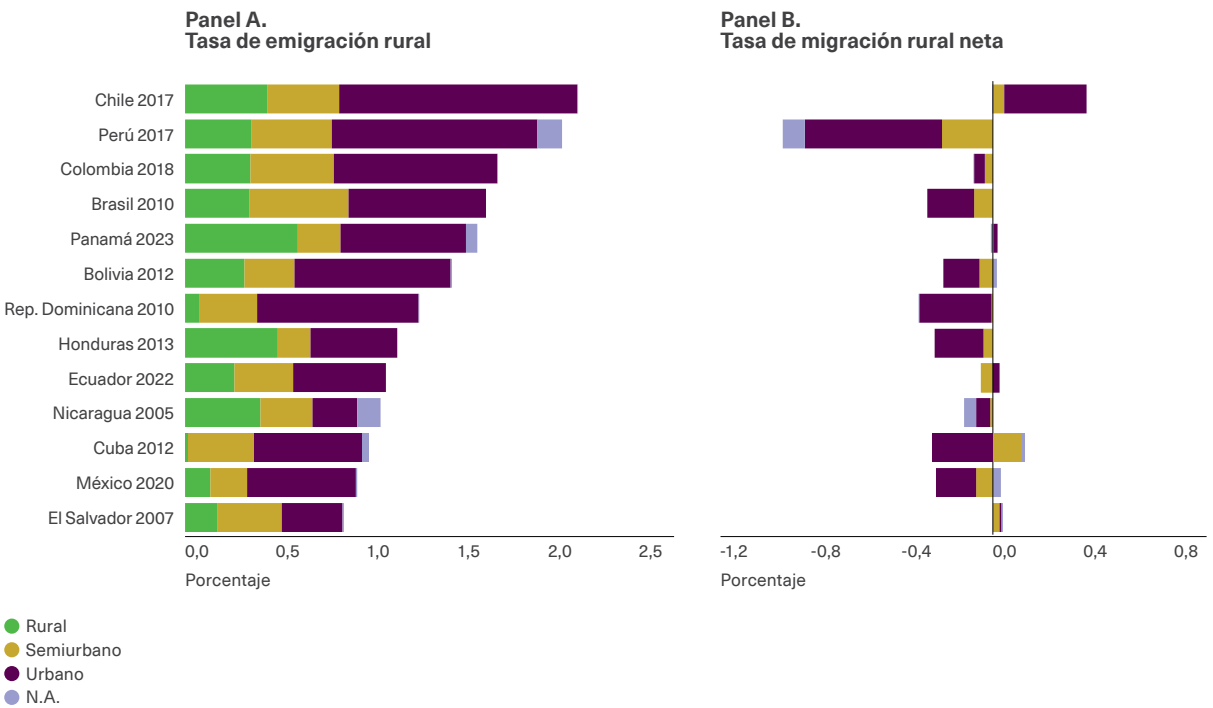
Por su parte, el panel B del gráfico 6.9 muestra que los patrones de migración neta difieren de los observados en la emigración. Aunque países como Chile, Colombia, Ecuador y Panamá registran niveles relativamente elevados de salida desde zonas rurales, su saldo migratorio neto es bajo o incluso positivo, lo que sugiere que esos flujos se ven parcialmente compensados por ingresos desde otras áreas. En el caso de Chile, por ejemplo, la alta emigración rural se compensa con una migración urbana-rural particularmente intensa, dando lugar a un saldo neto positivo. En contraste, Perú presenta tanto una de las tasas más altas de emigración como el saldo migratorio neto más negativo de la región, con una pérdida anual cercana al 1 % de su población rural, lo que lo posiciona como el país con el mayor abandono de zonas rurales en América Latina y el Caribe.

En relación con los destinos, en promedio el 50 % de las personas que migran desde municipios rurales se traslada a municipios urbanos, mientras que el resto se distribuye en partes similares entre municipios semiurbanos y rurales (gráfico A.6.4 del apéndice, disponible en la edición en línea del RED). Esta estructura promedio oculta heterogeneidades importantes: por ejemplo, en Chile, Cuba, México y República Dominicana, más del 60 % de los emigrantes rurales va a municipios urbanos, mientras que, en Ecuador, Honduras y Panamá, los movimientos a otros municipios rurales representan entre una cuarta parte y casi la mitad de la emigración desde el mundo rural, evidenciando trayectorias de corto alcance y estrategias laborales vinculadas al propio ámbito rural.

13 Los datos reportados en este apartado se basan en cálculos propios realizados a partir de fuentes censales. En el caso de Bolivia, Chile y México, se procesaron microdatos censales disponibles en IPUMS International (Ruggles et al., 2025). En el caso de Ecuador, se utilizaron directamente los resultados del censo nacional de población y vivienda 2022 (INEC, 2024). Para Brasil, Colombia, Cuba, Honduras, Panamá, Perú y República Dominicana, la fuente de información es el MIALC (Celade-División de Población de la CEPAL, s. f.). La clasificación del grado de urbanización de los municipios de origen y destino se basa en la tipología DEGURBA (ver los recuadros 6.1 y 6.2): para el lugar de origen se aplica la clasificación vigente cinco años antes del levantamiento censal, mientras que para el destino se utiliza la correspondiente al año del censo.

14 La tasa de migración se expresa como una media anual. Se calcula dividiendo por cinco el número total de personas que migraron en el último lustro (según la pregunta censal de lugar de residencia hace cinco años), asumiendo que la migración se distribuye de forma homogénea en ese período. Este promedio anual se divide luego por la población total del grupo de referencia (por ejemplo, población rural cinco años atrás), de modo que refleja el flujo migratorio relativo por año.

Gráfico 6.9
Tasa de emigración y migración neta, con origen en municipios rurales en países de América Latina y el Caribe



Nota: La clasificación del grado de urbanización de los municipios de origen y destino se basa en la tipología DEGURBA. Para el cálculo de las tasas, se considera la población residente en municipios rurales cinco años antes del relevamiento censal, salvo en el caso de Bolivia, Chile y México, donde se consideró la población residente en municipios rurales en el momento del censo.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de IPUMS (Ruggles et al., 2025), INEC (2024), procesamiento de datos censales de MIALC (Celade-División de Población de la CEPAL, s. f.) y Schiavina et al (2023).

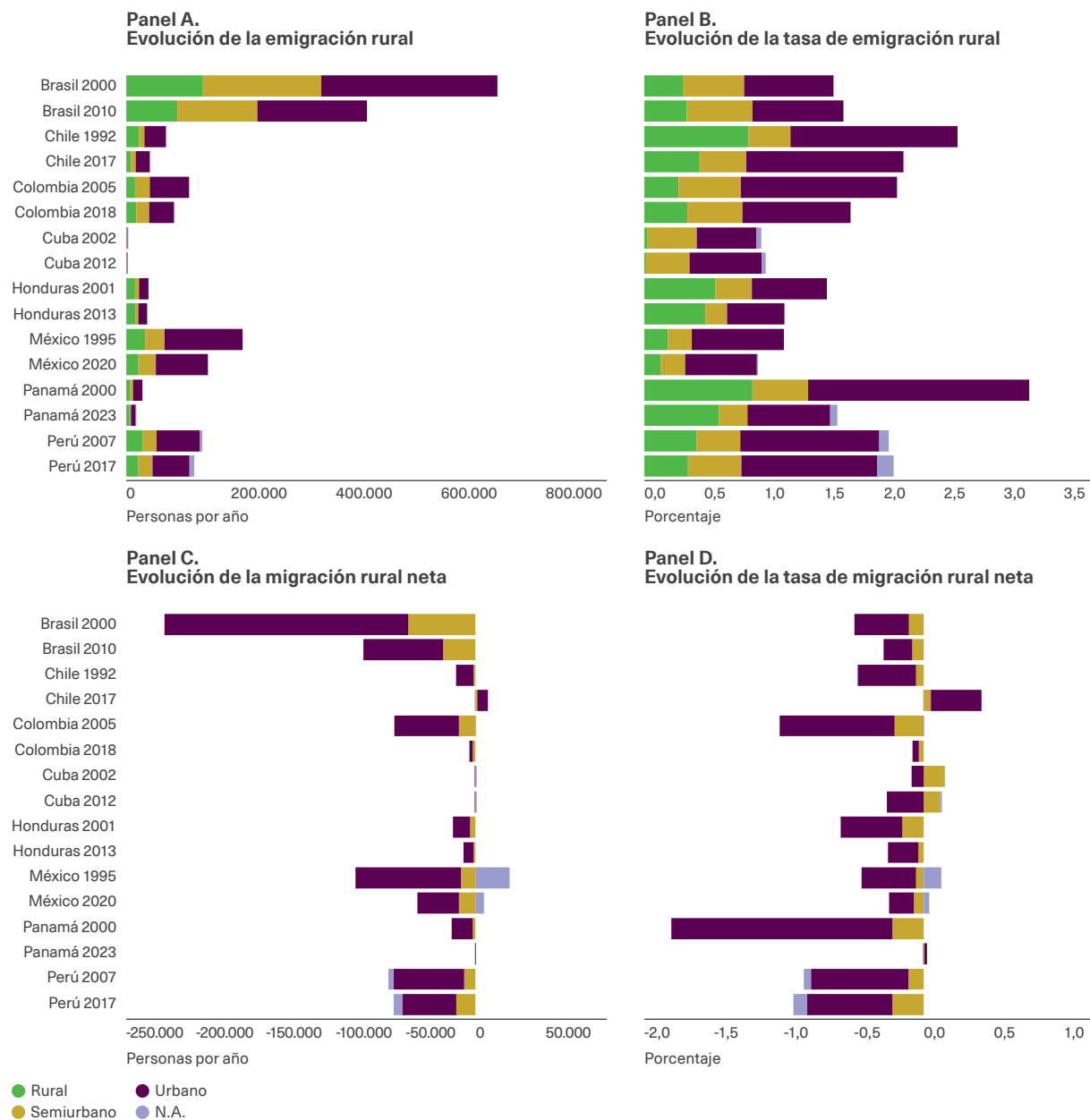
Evolución de la emigración rural en las últimas décadas

Los paneles A y B del gráfico 6.10 muestran la evolución de la emigración rural en las últimas décadas en distintos países de ALC, permitiendo identificar cambios relevantes en los patrones de movilidad interna. En términos generales, el flujo migratorio desde los municipios rurales ha experimentado una leve desaceleración en los últimos años, en línea con lo señalado por la literatura (Rodríguez Vignoli, 2017). En valores absolutos, destaca la marcada reducción del número de emigrantes rurales en Brasil entre 2000 y 2010, lo que

podría reflejar una mayor estabilización territorial o una disminución de la población rural potencialmente migrante. De manera similar, Colombia y México presentan una reducción en la magnitud de la emigración rural entre los dos períodos observados, mientras que en Honduras, Panamá y Perú las cifras se mantienen relativamente estables.

Gráfico 6.10

Evolución temporal de la migración proveniente de municipios rurales por grado de urbanización del municipio de destino



Nota: La clasificación del grado de urbanización de los municipios de origen y destino se basa en la tipología DEGURBA. Para el cálculo de las tasas, se considera la población residente en municipios rurales cinco años antes del relevamiento censal, salvo en el caso de Bolivia, Chile y México, donde se consideró la población residente en municipios rurales en el momento del censo.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de IPUMS (Ruggles et al., 2025), INEC (2024), procesamiento de datos censales del MIALC (Celade-División de Población de la CEPAL, s. f.) y Schiavina et al (2023).



En términos generales, el flujo migratorio desde los municipios rurales ha experimentado una leve desaceleración en los últimos años

Cuando se considera la tasa de emigración rural, la evolución también sugiere una tendencia a la baja en la mayoría de los países. En Panamá, por ejemplo, la tasa desciende de manera considerable entre 2000 y 2023, al igual que en Perú entre 2007 y 2017 y en Honduras entre 2001 y 2013. En Colombia, la emigración rural como proporción de la población cae de manera marcada entre 2005 y 2018, lo que se explica potencialmente por el fin del conflicto armado colombiano. La persistencia de porcentajes relativamente altos en Brasil indica que, a pesar de la reducción en números absolutos, la migración rural sigue siendo un fenómeno relevante en relación con el tamaño de su población rural.

Los paneles C y D del gráfico 6.10 muestran la evolución de la migración rural neta hacia municipios urbanos y semiurbanos, tanto en términos absolutos como

en proporción de la población rural. Comparando con la evolución de la emigración, se evidencia que la caída de la emigración desde el mundo rural es aún más marcada cuando se considera la migración neta. En países como Brasil y Colombia, donde la emigración mostraba una disminución entre los dos puntos observados, los saldos netos caen de forma aún más pronunciada, sugiriendo que los flujos de salida se han reducido más que proporcionalmente o que ha aumentado el retorno. Por ejemplo, Brasil pasa de un saldo neto negativo en 2000 a uno considerablemente menor en 2010, a pesar de seguir teniendo niveles importantes de emigración.

Asimismo, en términos relativos, se confirma una caída generalizada en la migración neta como porcentaje de la población rural, más acentuada que en los indicadores de emigración. Esto sugiere que, aunque persiste la movilidad, los movimientos de ida y vuelta (o entre zonas no urbanas) se han intensificado, lo que puede estar reflejando transformaciones en los patrones de residencia, vínculos más flexibles entre el campo y la ciudad o limitaciones crecientes para asentarse de forma permanente en zonas urbanas.

Inmigración hacia el mundo rural

La inmigración hacia el mundo rural ha adquirido creciente relevancia en varios países de América Latina (Martínez Villa y Rosá, 2025). Como se observa en los paneles B y C del gráfico 6.10, si bien la emigración desde municipios rurales hacia urbanos sigue siendo la tendencia dominante, en distintos contextos nacionales se registra un aumento sostenido de los movimientos en sentido inverso (desde municipios urbanos o semiurbanos hacia municipios rurales), con implicancias significativas para la estructura y el desarrollo de estos territorios. En Chile, los datos censales de 2017 muestran, por primera vez, que la inmigración hacia el mundo rural supera a la emigración desde estas zonas, revirtiendo la tendencia observada en la década de 1990. La evidencia sugiere que estos flujos provienen principalmente de la Región Metropolitana y se dirigen hacia municipios rurales del centro y sur del país, en un patrón asociado a procesos de migración por amenidades, desarrollo

turístico y nuevas oportunidades inmobiliarias (INE, 2020; Marchant y Rojas, 2015; Martínez Villa y Rosá, 2025).



La inmigración rural no supera a la emigración, pero alcanza proporciones significativas. Aunque sigue siendo un fenómeno minoritario en términos agregados, desempeña un papel creciente en la reconfiguración demográfica de los territorios rurales

En otros países de la región, la inmigración rural no supera a la emigración, pero alcanza proporciones significativas: de acuerdo con los censos más recientes, los inmigrantes que llegan a municipios rurales

representan en torno al 1 % anual de la población rural en Bolivia, Brasil, Colombia, Panamá, Perú y República Dominicana (Martínez Villa y Rosá, 2025) y su número ha crecido de forma sostenida allí donde se dispone de información censal comparable¹⁵. Aunque este sigue siendo un fenómeno minoritario en términos agregados, desempeña un papel creciente en la reconfiguración demográfica de los territorios rurales, especialmente en contextos de contracción de su población

total. Si bien un análisis detallado de este fenómeno excede el alcance de este reporte, diversos estudios encuentran que los flujos de entrada provienen de municipios urbanos o semiurbanos y responden a diversos factores, como el acceso a tierras, la disponibilidad de empleo no agrícola o la llamada “migración por amenidades”, vinculada a la búsqueda de entornos naturales o culturales más atractivos (Marchant y Rojas, 2015; Millán-Otero y Torrejón Cardona, 2023).

¿Quiénes migran y quiénes llegan al mundo rural?

Perfil etario y demográfico de la migración rural en la región

Al analizar el patrón etario de la emigración interna en ALC, se observa que este fenómeno es particularmente significativo entre los jóvenes de 14 a 29 años, independientemente del grado de ruralidad del municipio de origen (Martínez Villa y Rosá, 2025). Además, esa emigración es particularmente intensa desde municipios rurales. Este resultado, sumado al progresivo envejecimiento de la población rural, refuerza la evidencia previamente discutida sobre el aumento de las tasas de dependencia en estas áreas. Una estructura demográfica caracterizada por el envejecimiento y la salida de personas en edad de trabajar contribuye directamente al incremento de la proporción de población dependiente en el mundo rural.

Estos patrones etarios son coherentes con los factores de expulsión y atracción descritos al inicio del apartado: en la adolescencia y la juventud, las restricciones educativas y laborales en las zonas rurales, junto con la concentración de oportunidades de estudio, empleo y servicios en áreas urbanas y semiurbanas, hacen que la migración sea una opción especialmente atractiva. A medida que avanza el ciclo de vida, la consolidación de proyectos familiares y laborales y los mayores costos económicos y emocionales del

desplazamiento reducen la propensión a migrar, de modo que la movilidad interna se concentra en edades relativamente tempranas.



La emigración rural es particularmente significativa entre los jóvenes de 14 a 29 años, lo que contribuye a un proceso de envejecimiento de la población de esas áreas

En cuanto al patrón etario de la inmigración hacia municipios rurales, las personas suelen ser, en promedio, de mayor edad que quienes emigran desde el mundo rural. En los países analizados —Brasil (2010), Perú (2017) y Colombia (2018)—, la mayoría de las personas que llegan a zonas rurales tienen entre 30 y 59 años. La excepción es Honduras (2013), donde predomina el grupo de 15 a 29 años (Martínez Villa y Rosá, 2025). En conjunto, estos patrones implican que, al combinarse una emigración rural mayoritariamente joven con una inmigración rural de personas de mayor edad, la migración neta negativa observada en muchos municipios rurales contribuye a un proceso de envejecimiento de la población rural.

¹⁵ Este incremento en la inmigración se observa en Panamá (2023 frente a 2000), Honduras (2013 frente a 2001), Colombia (2018 frente a 2005) y Chile (2017 frente a 1992). Los únicos países de la muestra en los que la inmigración rural ha disminuido con el tiempo son Brasil (2000 frente a 2010) y México (1995 frente a 2020).

Caracterización con microdatos censales: México y Chile

A partir de los microdatos de los últimos censos disponibles para México (2020) y Chile (2017), se ha realizado un análisis comparativo entre individuos que, cinco años antes del relevamiento, residían en

municipios rurales. El objetivo es caracterizar a quienes migraron desde esos municipios en dicho período y compararlos con aquellos que permanecieron en municipios rurales. Dado que la pregunta censal sobre migración se refiere al lugar de residencia cinco años antes, no es posible identificar con precisión el momento exacto de la migración, pero sí saber que ocurrió en algún punto dentro de ese intervalo.

Cuadro 6.1
Características demográficas de la población rural migrante y no migrante

Panel A. Chile 2017

Variable	No migrante	Emigrante rural	Diferencia entre emigrante y no migrante	Inmigrante rural	Diferencia entre inmigrante y no migrante
Edad	41,0	31,8	-9,2***	35,6	-5,4***
Mujer	50,1 %	49,3 %	-0,8***	48,1 %	-2,0***
Primaria	36,9 %	21,2 %	-15,7***	27,3 %	-9,6***
Secundaria	36,5 %	61,1 %	24,6***	50,1 %	13,6***
Universidad	3,6 %	9,7 %	6,1***	13,0 %	9,4***

Panel B. México 2020

Variable	No migrante	Emigrante rural	Diferencia entre emigrante y no migrante	Inmigrante rural	Diferencia entre inmigrante y no migrante
Edad	34,8	28,4	-6,4***	30,0	-4,8***
Mujer	51,3 %	52,4 %	1,1***	51,4 %	0,1***
Primaria	48,2 %	45,4 %	-2,8***	49,5 %	-1,3***
Secundaria	16,0 %	32,9 %	16,9***	24,8 %	8,8***
Universidad	4,5 %	10,1 %	5,6***	13,3 %	8,8***

Nota: El cuadro presenta promedios correspondientes a la población chilena en 2017 y a la mexicana en 2020. Las medias de las variables educativas se calcularon con la población mayor de 18 años. Se considera emigrante rural a toda persona que, cinco años antes del relevamiento censal, residía en una localidad clasificada como rural según la tipología DEGURBA más cercana en el tiempo y que, en el momento del censo, declara vivir en una localidad distinta y que no es rural. Se considera inmigrante rural a quienes vivían en un municipio rural en el momento del censo, pero no lo hacían 5 años antes, según la metodología de Martínez Villa y Rosá (2025). ***p-valor <0,01; **p-valor <0,05; *p-valor <0,1 %.

Fuente: Elaboración propia con base en datos del Censo de México 2020 y Chile 2017 (Ruggles et al., 2025) y Schiavina et al. (2023)

El cuadro 6.1 muestra que el 53 % de las personas que emigran desde municipios rurales en México son mujeres, mientras que en Chile esta proporción es levemente menor (49 %). En cuanto a la edad, los microdatos censales permiten afinar el análisis respecto a las franjas etarias utilizadas en fuentes como el MIALC: en México, la edad promedio de quienes

emigraron desde zonas rurales es de 28,4 años, lo que sugiere que muchas salidas ocurrieron en la franja de 23 a 28 años, hacia el extremo superior del rango de 14-29 años. En Chile, la edad promedio de los emigrantes rurales es más elevada, situándose entre los 26 y 31 años, lo que apunta a un patrón migratorio más tardío, posiblemente asociado a decisiones

familiares o laborales. En ambos países, quienes migran desde zonas rurales son significativamente más jóvenes que quienes permanecen, contribuyendo al envejecimiento relativo de las localidades de origen (Martínez Villa y Rosá, 2025).



Los datos sugieren que la migración rural-urbana está compuesta en buena medida por jóvenes en edad productiva y con mayor educación relativa, por lo que profundiza las brechas de productividad respecto de las áreas urbanas

Respecto al nivel educativo, se puede ver que las personas que emigraron desde municipios rurales en México tienen una probabilidad 17 puntos porcentuales mayor de haber completado la educación secundaria y casi 6 puntos porcentuales mayor de haber concluido estudios universitarios que aquellas que permanecen en el ámbito rural (cuadro 6.1). En Chile, la brecha en secundaria completa es aún más amplia, cercana a los 25 puntos porcentuales, mientras que la diferencia en educación universitaria es similar, en torno a 6 puntos porcentuales.

Si bien este análisis no permite establecer con certeza si las personas migrantes ya contaban con mayores niveles educativos antes de migrar o si los alcanzaron posteriormente, los datos sugieren que la migración rural-urbana está compuesta en buena medida por jóvenes en edad productiva y con mayor educación

relativa. Esta dinámica tiene implicancias importantes: reduce la acumulación de capital humano en las zonas rurales y, por ende, profundiza las brechas de productividad y desarrollo con respecto a las áreas urbanas.

En cuanto al perfil de los inmigrantes hacia áreas rurales, el cuadro 6.1 muestra que, en Chile, la edad promedio de llegada se ubica entre los 30 y 35 años, mientras que en México quienes arriban a municipios rurales tienen entre 25 y 30 años; en ambos casos, se trata de personas más jóvenes que el promedio de la población rural receptora. En términos de composición por género, en Chile llegan levemente menos mujeres que hombres a los municipios rurales, mientras que en México ocurre lo contrario. En lo que respecta al capital humano, tanto en México como en Chile quienes llegan a municipios rurales están significativamente más educados que quienes residen en ellos: alrededor del 13 % tiene estudios universitarios completos, frente al 3,6 % y al 4,5 % de la población residente en municipios rurales de Chile y México, respectivamente. Además, en el caso de Chile, aproximadamente el 22 % de estos inmigrantes son personas que retornan a su localidad de origen. En síntesis, la inmigración rural tiende a rejuvenecer los municipios receptores e incrementar su *stock* de capital humano, pero no implica cambios significativos en la composición por género.



La inmigración rural tiende a rejuvenecer los municipios receptores e incrementar su *stock* de capital humano

¿Migrar hacia la oportunidad?

Si bien identificar el efecto causal de la migración sobre el bienestar de la población rural excede el alcance de este reporte, resulta central desde la perspectiva de la política pública comprender cómo cambian las condiciones de vida y trabajo de quienes migran para diseñar instrumentos e incentivos basados en la evidencia.

Evidencia descriptiva con microdatos: México y Chile

El análisis descriptivo de microdatos censales de México, presentado en el cuadro A.6.1 del apéndice (disponible en la edición en línea del RED), muestra que los migrantes rurales exhiben, en promedio, mejores indicadores de acceso a servicios

básicos (especialmente conexión a la red de agua y, en menor medida, electricidad) y a tecnologías de la información, pero una menor probabilidad de contar con vivienda propia. Estos patrones son consistentes con la literatura que documenta que el acceso a la vivienda y, en particular, a vivienda de calidad puede deteriorarse como consecuencia del proceso migratorio, llegando incluso a constituir una barrera para migrar (Lagakos et al., 2023).

En términos laborales, Martínez Villa y Rosá (2025) muestran que, tanto en México como en Chile, la migración desde zonas rurales se asocia con una mayor inserción en el mercado de trabajo y con cambios en la estructura ocupacional. En México, las personas que migran presentan tasas de empleo claramente superiores y menos desempleo que quienes permanecen en el campo. En cuanto a Chile, si bien las brechas en empleo son más acotadas, la migración se vincula con una menor presencia en actividades primarias (agricultura, pesca y silvicultura) y una mayor probabilidad de trabajar en ocupaciones no manuales (comercio, administración pública, servicios empresariales e inmobiliarios) y, en menor medida, en actividades manuales, como manufacturas, construcción y servicios domésticos particulares, siendo este último rubro especialmente relevante en el caso de la migración femenina (Rodríguez Vignoli, 2019).

Evidencia regional: comparación entre municipios emisores y receptores

Con el objetivo de extender el análisis más allá de los casos de México y Chile y caracterizar los patrones de origen y destino de la migración desde municipios rurales en América Latina y el Caribe, se combinan los indicadores territoriales de la base de datos de gobiernos locales y regionales de CAF (2025a), con información censal, para identificar los diez municipios rurales con mayor expulsión de población y los diez municipios no rurales con mayor atracción de migrantes internos en la región (gráfico 6.11). En términos generales, los migrantes rurales provienen de municipios con tasas de desempleo más altas, menos acumulación de capital humano y peor acceso a servicios básicos, y se desplazan hacia localidades que, en promedio,

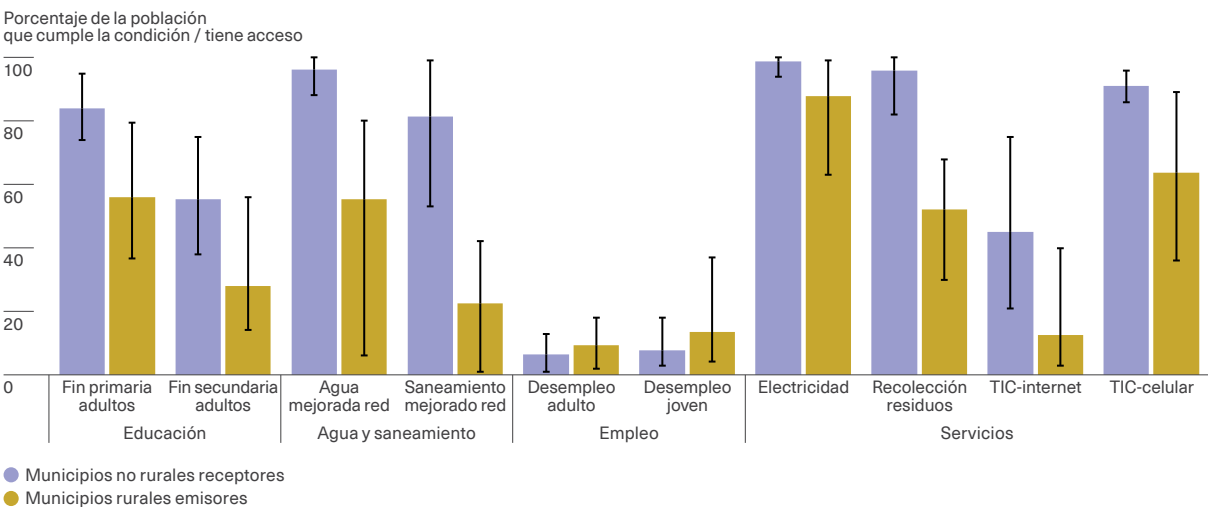
ofrecen mejor infraestructura y mayor cobertura de servicios.



En términos generales, los migrantes rurales provienen de municipios con mayores tasas de desempleo, menos acumulación de capital humano y peor acceso a servicios básicos y se desplazan hacia localidades que, en promedio, ofrecen mejor infraestructura y cobertura de servicios

Al considerar las heterogeneidades por país, Martínez Villa y Rosá (2025) muestran que en Bolivia, Colombia, Honduras y Panamá las tasas de desempleo, en particular el desempleo juvenil, pueden ser más altas en los municipios urbanos receptores que en los emisores rurales. Eso indica que la migración hacia las ciudades no garantiza una mejora generalizada en las oportunidades laborales. Este patrón es compatible con dos interpretaciones no excluyentes: (1) que los migrantes rurales, positivamente seleccionados en términos de edad y educación, no están necesariamente desplazándose hacia mercados laborales menos atractivos desde su perspectiva individual y (2) que una fracción de ellos efectivamente se inserta en ciudades con menor dinamismo y peores condiciones agregadas de empleo. Esta última interpretación se alinea con la literatura sobre congestión o saturación urbana y alta informalidad (Busso et al., 2023; Fields, 1975; Inquilla-Mamani et al., 2023; Lara et al., 2020; Maloney, 2004), que documenta cómo la llegada masiva de población a mercados laborales urbanos poco dinámicos puede elevar el desempleo y la informalidad y limitar el potencial de la ciudad como ámbito de movilidad ascendente para parte de los migrantes rurales. La escasez de estudios con identificación causal sobre emigración rural en ALC restringe, sin embargo, la capacidad de identificar con precisión qué mecanismos predominan en este proceso.

Gráfico 6.11
 Perfil de los principales municipios rurales expulsores y no rurales receptores de población rural



Nota: El gráfico ilustra los valores medios de indicadores de desarrollo seleccionados para las 10 ciudades que más migración rural recibieron entre las analizadas (Santa Cruz de las Sierras en Bolivia; Brasilia, Fortaleza, Río de Janeiro, Salvador de Bahía y San Pablo en Brasil; Bogotá en Colombia; Distrito Central en Honduras; Tijuana en México; y Lima en Perú), en comparación con las 10 áreas rurales que más migración emitieron; las barras de error muestran los valores mínimo y máximo dentro de cada grupo. Para la identificación de las emisoras (Campo Formoso, Cometá, Novo Repartimento, Santana do Acuará y Santa Lucía en Brasil; Coqueta en Colombia, Chone y Guaranda en Ecuador, Juticalpa en Honduras y Hato Mayor en República Dominicana), se ordenó el total de áreas subnacionales rurales comprendidas en los censos y matrices del MIALC, analizados en función de la cantidad de emigrantes totales, y se le asignó el valor de los indicadores de desarrollo a partir de la información contenida en Alves et al. (2025). Ver Martínez Villa y Rosá (2025) para un análisis desagregado por país.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de IPUMS (Ruggles et al., 2025), INEC (2024), procesamiento de datos censales de MIALC (Celade-División de Población de la CEPAL, s. f.), Schiavina et al. (2023) y CAF (2025a).

Balance de la evidencia y desafíos de política pública

En síntesis, la migración desde municipios rurales de América Latina y el Caribe, aunque se ha desacelerado, tanto por la ralentización de la emigración como por el incipiente aumento de la inmigración en varios países de la región, continúa contribuyendo a la disminución de la población rural y se vincula con la limitada provisión de servicios, la baja productividad y la escasez de oportunidades económicas en origen. Quienes migran tienden a ser más jóvenes y relativamente mejor educados, lo que sugiere una selección positiva y puede profundizar las brechas entre áreas rurales y urbanas. La salida de población reduce la densidad y puede desincentivar las inversiones en infraestructura y servicios, alimentando un círculo vicioso

de rezago. Para quienes logran migrar, la evidencia descriptiva muestra mejoras en el plano laboral, el acceso a servicios y la acumulación de capital humano, pero con costos relevantes en términos de condiciones de la vivienda y con resultados heterogéneos según el país y la ciudad de destino.

Más allá de esta evidencia descriptiva, lo que se sabe con identificación (cuasi) causal en ALC sigue siendo limitado y se concentra casi exclusivamente en Brasil, con foco en las ciudades receptoras. Estos estudios documentan impactos en los mercados laborales, la vivienda, los servicios urbanos y el crimen (Busso et al., 2025; Egger, 2022; Feler y Henderson, 2011; Ferré, 2011; Ferreira et al., 2025; Imbert y Ulysea, 2022), pero aportan menos evidencia sobre el bienestar de los hogares rurales de origen. En paralelo, los trabajos descriptivos sobre la región indican que los migrantes rurales suelen acceder a mejores

empleos, aunque a vivienda y servicios más precarios (Busso et al., 2023; Rodríguez Vignoli, 2017), lo que refuerza la necesidad de contar con estudios causales que permitan evaluar de manera integral los costos y beneficios de migrar.

La literatura internacional complementa este panorama: los estudios experimentales y estructurales, principalmente en Asia, muestran que la migración, a menudo estacional, puede operar como un mecanismo de aseguramiento frente a choques de ingreso y generar ganancias de bienestar significativas para los hogares más pobres (Bryan et al., 2014; Lagakos et al., 2023; Meghir et al., 2022; Morten, 2019), aunque su extrapolación a una región ya altamente urbanizada como ALC no es inmediata.

La evidencia sobre los efectos de largo plazo es aún más limitada: fuera de la región, Ward (2022) documenta importantes ganancias intergeneracionales en términos de ingreso asociadas a la migración interna en Estados Unidos, pero no existen estudios análogos para ALC.

En este contexto, la discusión de política pública sigue abierta: los subsidios a la migración pueden aliviar a los hogares vulnerables, pero con el riesgo de profundizar desigualdades territoriales, mientras que el fortalecimiento de servicios básicos, infraestructura, conectividad y mecanismos de gestión del riesgo en áreas rurales busca que migrar sea una opción y no la única estrategia disponible para acceder a oportunidades.

Indicadores de desarrollo humano: salud y educación

Junto con los profundos cambios demográficos y la reducción de la pobreza, la región ha experimentado importantes transformaciones sociales. Entre ellas destaca el aumento del capital humano, que abarca habilidades, nivel educativo y salud, dimensiones clave para el bienestar. La formación de capital humano es esencial para mejorar las trayectorias de vida (Berniell et al., 2016), y las desigualdades en este proceso son un mecanismo central de reproducción intergeneracional de brechas en la región (Berniell

et al., 2025). Asimismo, una población más saludable reduce presiones sobre los sistemas de salud y cuidados, y una población con mayores habilidades impulsa la productividad y la capacidad de adaptación en un entorno tecnológico y ambientalmente cambiante (Álvarez et al., 2018; Fernández et al., 2025). Si bien estas mejoras también alcanzaron a las zonas rurales, las brechas respecto de las áreas urbanas persisten y continúan limitando las oportunidades de desarrollo de la población rural.

Cobertura educativa

ALC ha logrado un aumento sostenido en la cobertura de educación básica, tanto de primaria como de secundaria. Este progreso ha permitido reducir las brechas con las zonas urbanas (De la Mata et al., 2022). Las mejoras se ven reflejadas en más años de educación en las generaciones más jóvenes. En promedio, según datos de CEDLAS (2025), mientras que las personas de más de 55 años residentes en zonas rurales acumulaban en 2023 cinco años de educación (frente a 8 en las zonas urbanas), las de 14 a 24 años acumulaban 10 años (11 en zonas urbanas),

como se observa en el panel A del gráfico 6.12. Con la universalización de la educación primaria en la región, las tasas de escolarización en este nivel educativo en 2023 alcanzaban el 98 %, al igual que en zonas urbanas, reflejadas en el panel B del mismo gráfico. En secundaria, la tasa de escolarización rural en 2023 era del 75 % frente al 85 % en zonas urbanas. Estas brechas tienden a ser mayores en los países con una proporción relativamente mayor de población rural (Fernández et al., 2025).

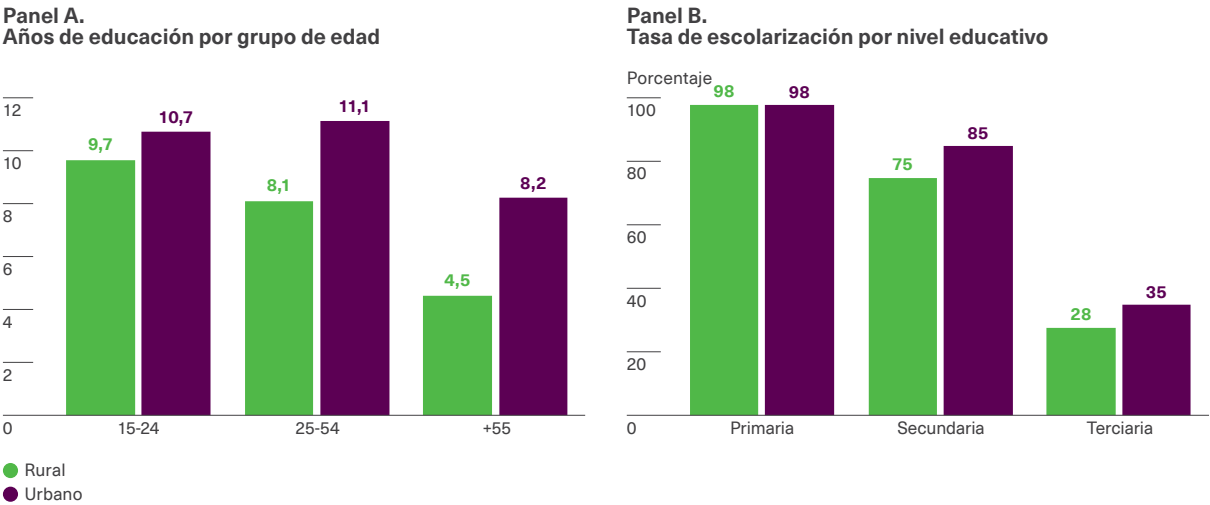


Proyecto etnoeducativo rural de construcción de escuelas
modulares auspiciado por CAF en Timbiquí, Colombia.

La tasa de escolarización terciaria continúa siendo significativamente más baja en las zonas rurales, reflejando las limitadas oportunidades de formación avanzada y especialización (panel B del gráfico 6.12). No obstante, en parte, estas brechas son esperables, ya que la oferta de formación en este nivel educativo suele concentrarse, por cuestiones de escala y costos

(ver el capítulo 8), en zonas urbanas y, dentro de ellas, en las grandes ciudades. A esto se suma que la educación técnica y los programas de ciclo corto, que han demostrado ser una opción viable para expandir la oferta de educación postsecundaria en áreas geográficamente desatendidas, es escasa en la región (Ferreira, 2017; Ferreira et al., 2022).

Gráfico 6.12
Indicadores educativos en áreas rurales y urbanas. Promedio de América Latina y el Caribe, 2023



Nota: Promedio simple calculado con datos de 14 países (Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay).
Fuente: Elaboración propia con base en datos de CEDLAS (2025).

Aprendizajes en primaria y secundaria

Las importantes mejoras en cobertura educativa no han logrado reducir los rezagos en los aprendizajes de los alumnos de escuelas rurales. Estos retrasos reflejan, en parte, las desventajas socioeconómicas

estructurales de la población rural, pero también se vinculan con diferencias en la calidad de la educación ofrecida, como se documenta con mayor detalle en el capítulo 8.



Acción CAF.
Escanea el QR para conocer más sobre la construcción de centros educativos en Timbiquí.



Las importantes mejoras en cobertura educativa no han logrado reducir los rezagos en los aprendizajes de los alumnos de escuelas rurales

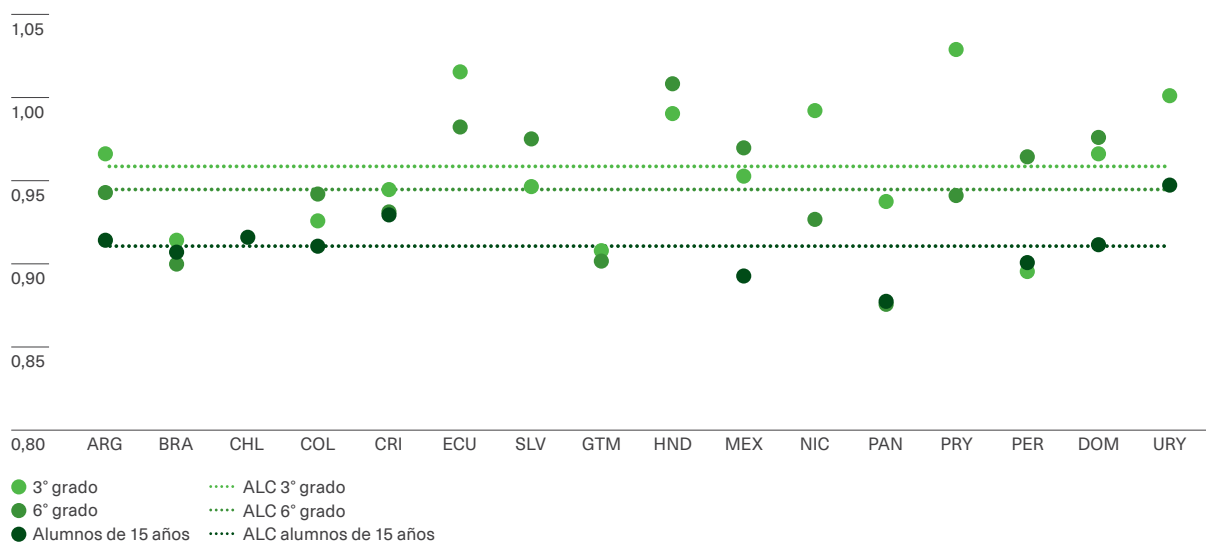
El gráfico 6.13 presenta el cociente entre las notas obtenidas por los estudiantes rurales y urbanos en pruebas estandarizadas de nivel primario (tercer y sexto grado) y secundario (15 años) en 2018¹⁶. Un valor superior a uno indica una ventaja rural, mientras que un valor inferior refleja una desventaja frente al ámbito urbano. En el promedio regional (indicado por las líneas punteadas en el gráfico), los cocientes se mantienen por debajo de uno en todos los niveles educativos, evidenciando un rezago sistemático del

aprendizaje en las zonas rurales. Este retraso resulta aún más preocupante si se considera que los niveles de rendimiento urbano en la región ya son bajos en comparación con los de países de mayores ingresos.

Cabe destacar que la brecha rural-urbana se amplía a medida que los estudiantes avanzan en el sistema educativo: los cocientes son menores en secundaria que en primaria, lo que sugiere un proceso acumulativo de desventajas en la adquisición de habilidades (Berniell et al, 2016). Además, en el nivel secundario, la mayor deserción escolar en contextos rurales puede sesgar los resultados al alza, ya que los jóvenes que permanecen en el sistema tienden a tener mejores desempeños que el promedio de su cohorte, por lo que las brechas podrían incluso ser más altas que las observadas en un contexto de mayor retención escolar.

Gráfico 6.13

Cociente rural-urbano en puntajes promedio en pruebas estandarizadas de matemática de estudiantes en 3° grado, 6° grado y de 15 años en países de América Latina y el Caribe, 2018



Nota: El cociente rural-urbano se calcula como el puntaje promedio obtenido por estudiantes rurales en pruebas estandarizadas de matemática, dividido por el puntaje promedio de los urbanos. El valor < 1 indica desventaja rural en desempeño en las pruebas. En los indicadores provenientes del ERCE, la definición de urbano y rural corresponde a la establecida por cada país en dichas encuestas. En los provenientes del PISA, la variable rural se construye a partir del tamaño de la localidad.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de CEDLAS (2025) obtenidos con microdatos de las pruebas ERCE y PISA.

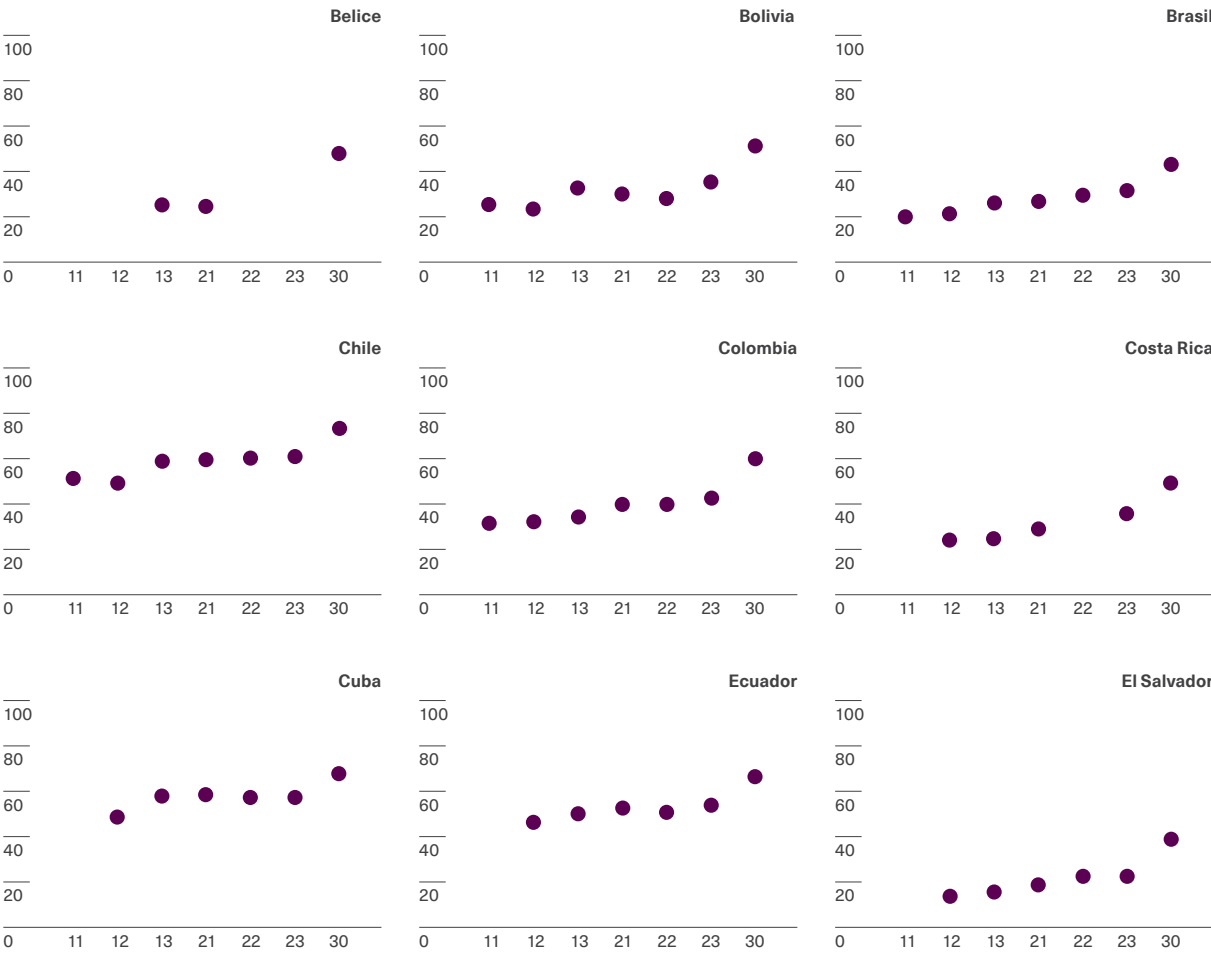
16 Los cálculos utilizan datos del Estudio Regional Comparativo y Explicativo (ERCE), una evaluación estandarizada coordinada por la Unesco en América Latina y el Caribe para medir los aprendizajes de los estudiantes y los factores que influyen en ellos, y el Programa para la Evaluación Internacional de los Estudiantes (PISA), coordinado por la OCDE.

Educación en el continuo rural-urbano

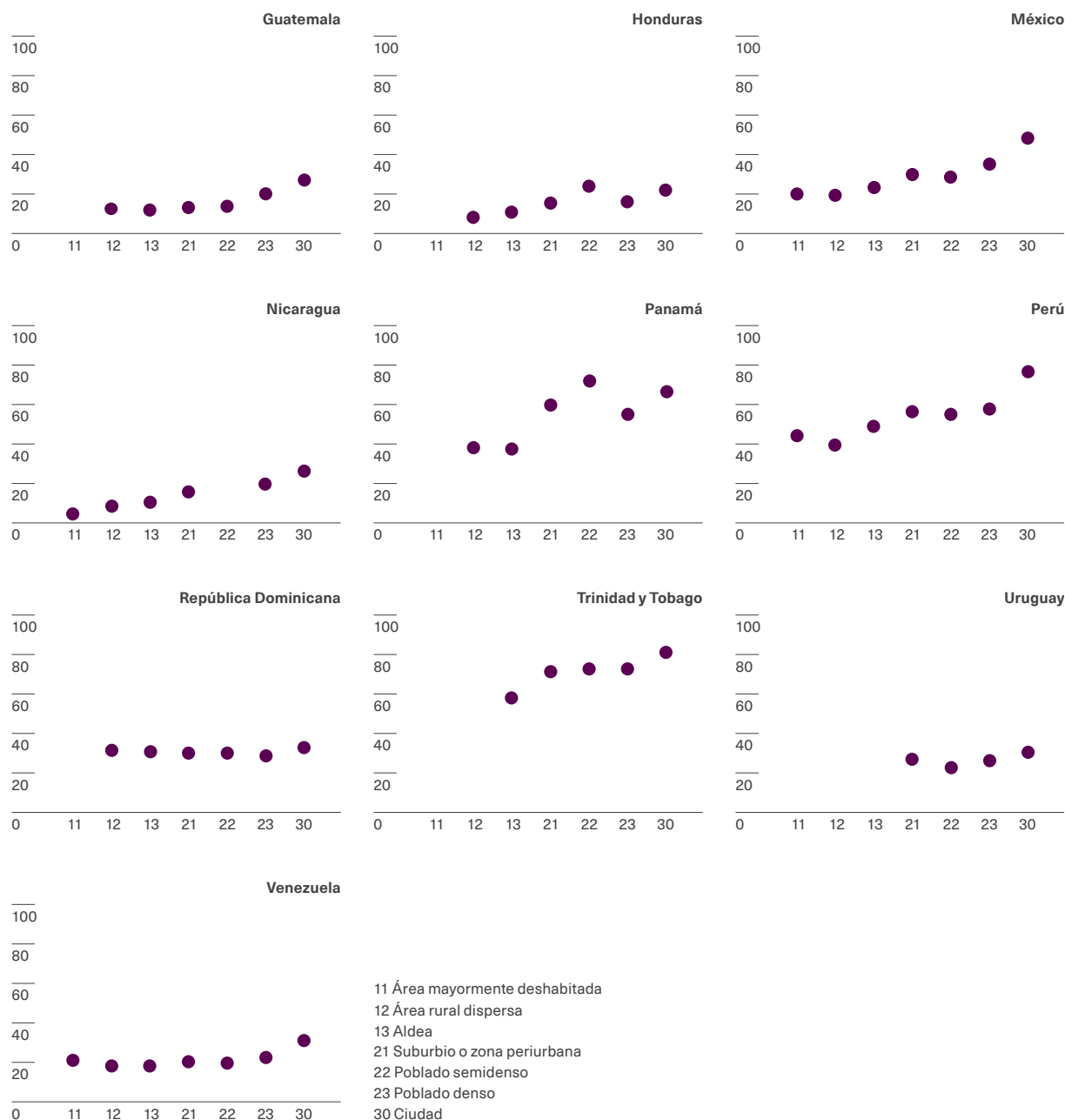
El grado de ruralidad del municipio de residencia se asocia de manera significativa con las oportunidades educativas. El gráfico 6.14 muestra el porcentaje de población con educación secundaria en municipios clasificados según su nivel de urbanización de acuerdo con el criterio DEGURBA. En la mayoría de los países de la región se observa un gradiente claro: a mayor grado de urbanización del municipio, más alta es la proporción de personas que finalizan

la educación secundaria. Los municipios rurales (aldeas, áreas rurales dispersas y áreas rurales deshabitadas) presentan sistemáticamente los niveles más bajos de finalización de este nivel educativo, mientras que los semiurbanos (suburbios, poblados densos y semidensos) exhiben niveles intermedios. Ello sugiere su potencial como espacios de articulación territorial para las políticas educativas.

Gráfico 6.14
Porcentaje de población con educación secundaria finalizada por grado de urbanización del municipio



Continúa en la página siguiente →



Nota: Las unidades administrativas subnacionales se clasifican según su grado de urbanización utilizando el criterio DEGURBA (nivel 2). De acuerdo con esta clasificación, se consideran rurales las áreas mayormente deshabitadas (11), las áreas rurales dispersas (12) o las unidades identificadas como aldeas (13). Aquellas categorizadas como suburbio o zona periurbana (21), poblado semidenso (22) o poblado denso (23) se clasifican como áreas semiurbanas, mientras que las unidades identificadas como ciudades corresponden a áreas urbanas (30). Véanse los recuadros 6.1 y 6.2 para una descripción detallada de la metodología DEGURBA. Los años del censo de cada país son los siguientes: Belice, 2010; Bolivia, 2012; Chile, 2017; Colombia, 2018; Costa Rica, 2011; Ecuador, 2022; Guatemala, 2018; Honduras, 2013; México, 2020; Nicaragua, 2005; Panamá, 2023; Perú, 2017; Uruguay, 2011 y Venezuela, 2011.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de CAF (2025a) y Schiavina et al. (2023).



El grado de ruralidad del municipio de residencia se asocia de manera significativa con las oportunidades educativas

No obstante, en algunos países, este gradiente está poco marcado e incluso puede ser prácticamente plano. En otros casos tiene forma de U. Por ejemplo, Chile, Cuba o Trinidad y Tobago presentan niveles elevados y relativamente homogéneos en todos los

tipos de territorios, lo que sugiere una mayor equidad territorial. En países como República Dominicana, Uruguay y Venezuela, algunas categorías intermedias (suburbios o poblados densos) pueden mostrar niveles de finalización similares o incluso inferiores a los rurales, lo que indica que el patrón urbano-rural no siempre sigue una progresión lineal. Estos resultados reflejan que cerrar las brechas educativas requiere mejoras en cobertura y calidad, con un enfoque territorial que aborde las desigualdades estructurales asociadas al grado de ruralidad.

Salud

La salud es otra de las dimensiones clave del desarrollo humano. El gráfico 6.15 presenta el cociente de diversos indicadores de salud para niños y adolescentes y adultos entre áreas rurales y urbanas. En los indicadores negativos sobre resultados de salud y acceso, un valor superior a uno indica una desventaja rural, mientras que un valor inferior refleja una ventaja frente al ámbito urbano.

Entre la población infantil y adolescente (panel A del gráfico), indicadores como el retraso en el crecimiento, la maternidad adolescente y la atención prenatal insuficiente presentan mayor incidencia en zonas rurales en todos los países, exceptuando Barbados, Costa Rica y Surinam en el indicador de retraso del crecimiento. Estos datos revelan carencias estructurales en el acceso a servicios esenciales en etapas críticas del ciclo de vida (Bancalari et al., 2025).

En la población adulta (panel B), algunos problemas, como el sobrepeso o la hipertensión, son igual de prevalentes o incluso menos que en áreas urbanas. No obstante, en las zonas rurales se observan mayores dificultades en la atención y seguimiento de condiciones crónicas, como la hipertensión no tratada, o en el acceso a servicios de salud reproductiva.



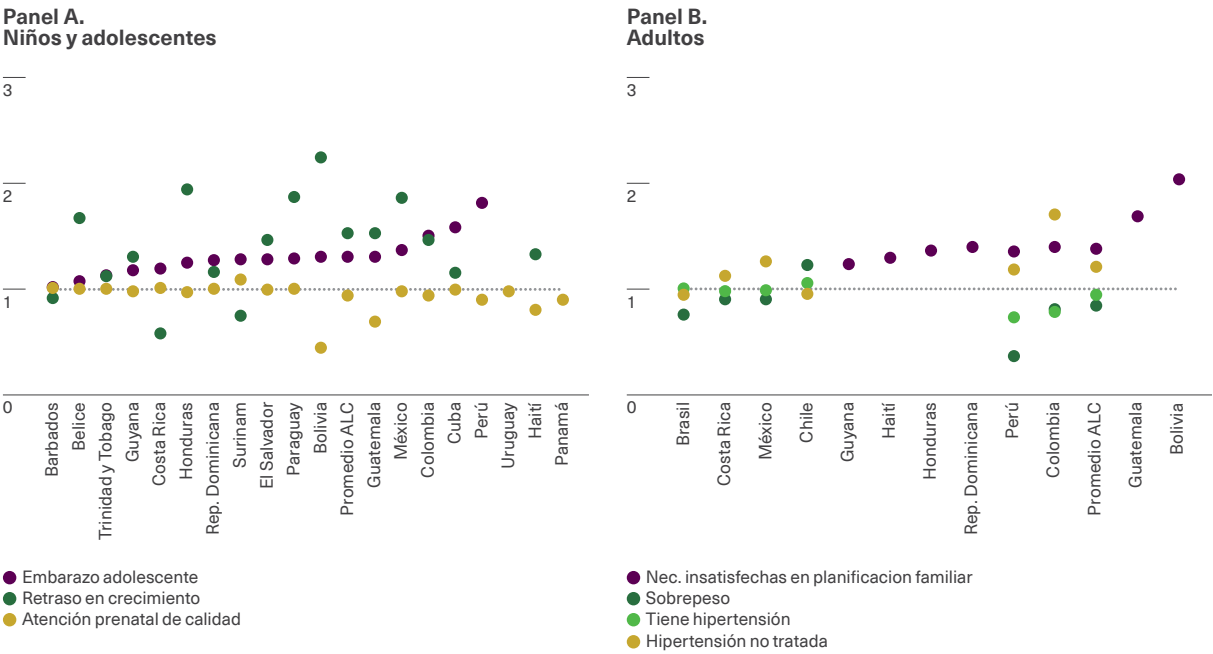
Los indicadores de salud y educación muestran mejoras en el capital humano rural, pero los avances siguen siendo insuficientes para cerrar brechas estructurales que limitan el bienestar y las oportunidades de desarrollo

En conjunto, los indicadores de salud y educación muestran que el capital humano en las áreas rurales ha mejorado, pero los avances siguen siendo insuficientes para cerrar brechas estructurales que continúan limitando el bienestar, la productividad y las oportunidades de desarrollo de estas poblaciones. Si bien parte de estas brechas en indicadores de desarrollo humano se asocia a peores condiciones económicas y a una mayor inseguridad alimentaria de la población rural, es decir, a factores de demanda, como se documenta en el capítulo 1, también persisten importantes barreras del lado de la oferta. Estas se analizan en detalle en el capítulo 8 e incluyen limitaciones tanto en la accesibilidad como en la calidad de los servicios educativos y de salud.



Acción CAF.
Escanea el QR para ver proyectos de infraestructura educativa de CAF.

Gráfico 6.15
Cociente rural-urbano en indicadores de salud y acceso a servicios de salud



Nota: El cociente rural-urbano se obtiene al dividir el indicador correspondiente en áreas rurales por el urbano. Al tratarse de indicadores de mal desempeño de salud, un valor mayor a 1 indica desventaja rural en salud excepto en atención prenatal de calidad, donde un valor menor a 1 indica desventaja rural. Se usa el último dato disponible para cada país. Ver Bancalari et al. (2025) para una descripción detallada de los indicadores.

Fuente: Elaboración propia con base en Bancalari et al. (2025) a partir de encuestas de demografía y salud (DHS, por sus siglas en inglés), encuestas de indicadores múltiples por conglomerados (MICS, por sus siglas en inglés) y encuestas nacionales de salud.